

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



CRISTO, CENTRO DE LA HISTORIA



Exhortación apostólica
«Evangelii gaudium»

Contemplar la vida
del Rey Eternal

La realeza de Cristo

El reinado de Cristo
en una sociedad
secularizada

Anacleto González,
mártir de Cristo Rey

«Cristo es el *centro de la historia de la humanidad, y también el centro de la historia de todo hombre*. A Él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretejen nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de nuestra existencia se iluminan, y nos da esperanza, como le sucedió al buen ladrón en el evangelio de hoy.»

Sumario

Al clausurar el Año de la Fe J. M. ^a A. R.	3
Exhortación apostólica <i>Evangelii gaudium</i> (selección)	4
Homilía del sumo pontífice Francisco en la solemnidad de Cristo Rey	8
Contemplar la vida del Rey Eternal <i>Enrique Martínez</i>	10
La solemnidad de Cristo Rey: el mejor medio para el único fin <i>F. Villagra</i>	13
Homilía de monseñor Juan Antonio Reig en la clausura del Año de la Fe	18
La realeza de Cristo <i>Nicolás Echave, SDB</i>	20
Mis recuerdos del padre Orlandis: acerca de su espíritu de cruzada <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	21
Cristo Rey <i>María Asunción López (†)</i>	24
El reinado de Cristo en una sociedad secularizada <i>José M.^a Petit Sullá (†)</i>	28
El jubileo de la Redención (1933) y el santuario de Lourdes <i>Guillermo Pons Pons</i>	32
Una historia de conversión. <i>Mark Droguin</i>	36
Los mártires, testigos de la fe. Anacleto González Flores <i>Laura Indart Luna</i>	38
Doctores de la fe. San Cirilo <i>Xavier Prevosti Vives, hnscc</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

EL domingo 24 de noviembre solemnidad de Cristo Rey se clausuraba el Año de la Fe. Por mucho motivos, alguno inesperado, podemos decir que ha sido un año intenso para la vida de la Iglesia. No sólo se han sucedido los numerosos actos que habían sido programados con tal motivo, sino que, además, ha tenido lugar un hecho con pocos precedentes en la vida de la Iglesia, la renuncia del Papa y la elección de un nuevo papa en vida del anterior. Como era de esperar, los medios de comunicación se han hecho eco de estos acontecimientos de un modo único y excepcional. No han faltado los juicios alejados de la verdad de la Iglesia presentando el nuevo pontificado como un cambio revolucionario en los modos que anuncian futuros cambios también en la doctrina. Si repasáramos la historia de la Iglesia encontraríamos situaciones semejantes a la actual, pensamos de un modo especial en el pontificado de Pío IX. Las muestras de entusiasmo en los inicios del nuevo pontificado por parte de sectores alejados de la Iglesia aplaudiendo algunos gestos de Pío IX cambiaron radicalmente poco tiempo después ante la reafirmación doctrinal de su magisterio. Mucho nos tememos que pueda repetirse algo semejante en esta ocasión.

Desde nuestras páginas hemos seguido con atención, confianza y agradecimiento a Dios estos acontecimientos eclesiales, fieles a lo que se escribió en nuestro número de prueba, en 1944: «*El gran enemigo de la fe cristiana es y ha sido siempre el naturalismo*». Por ello cuando leemos la diaria predicación del papa Francisco en Santa Marta, que invita a confiar en el amor misericordioso, a no dejarnos invadir por la mundanidad, que es causa de apostasía, y nos propone el ejemplo de santa Teresita y de san José, de los que se manifiesta tan devoto, damos gracias a Dios por el papa que dirige hoy la Iglesia.

En este número hemos recogido los dos documentos pontificios que clausuran el Año de la Fe: la homilía del Papa en la solemnidad de Cristo Rey y una selección de textos de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Junto con ellos la mayor parte de los artículos restantes están dedicados a glosar la fiesta de Cristo Rey.

Como habrá observado el lector, durante todo este Año de la Fe hemos mantenido unas determinadas secciones con las que hemos querido unirnos a la celebración convocada por Benedicto XVI. Un testigo de la fe, un Doctor de la Iglesia y un Padre de la Iglesia, han ido apareciendo en nuestras páginas en cada uno de sus números. También hemos ido reproduciendo diversos artículos de nuestros recordados maestros y queridos colaboradores de la revista *Canals y Petit*. Al finalizar el Año de la Fe terminamos también con estas secciones, pero nos proponemos, a partir del próximo número, nuevas secciones impulsadas siempre por el mismo propósito: «Clama, no ceses».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

Al clausurar el Año de la Fe

EL mes de octubre del pasado año finalizaba el Sínodo de los obispos sobre la Nueva Evangelización convocado por Benedicto XVI coincidiendo con el inicio del *Año de la Fe*. Como es costumbre, al mismo tiempo que se publicaba un mensaje final de los padres sinodales al Pueblo de Dios, entregaban al Papa un documento en el que formulaban una lista de propuestas, en este caso 58, que serían el punto de partida para la redacción de la exhortación apostólica postsinodal. Debido a la renuncia, pocos meses más tarde, de Benedicto XVI y ser elegido el papa Francisco, quedó de momento sin redactar dicha exhortación. Posteriormente se publicó la primera encíclica del nuevo pontífice, *Lumen fidei*. Sin embargo, como él mismo subrayó, se trataba de un texto ya redactado sustancialmente por el papa anterior. Todas estas circunstancias han dado lugar a que la presente exhortación apostólica *Evangelii gaudium* constituyera el primer documento programático de este pontificado. Así queda reflejado en el propio texto al afirmar que «*su fin es alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora llena de fervor y dinamismo*».

Evangelii gaudium recoge muchas de las propuestas del Sínodo, reelaboradas con el tono personalísimo del papa actual. Debido a esta doble circunstancia, primer documento programático del pontificado y exhortación postsinodal, es más larga de lo ordinario y con una temática muy variada pero que gira siempre en torno a una llamada insistente: toda la Iglesia tiene que participar de forma renovada en la misión evangelizadora; el mundo lo necesita, Dios lo pide y es una tarea que hay que emprender con gozo, entusiasmo y especial fervor. Las circunstancias secularizadoras de nuestro mundo no deben ser un motivo de desaliento sino todo lo contrario. Contemplando, por un lado, la urgente necesidad y, por otro, la fuerza de la gracia de Dios para cambiar el corazón de los hombres, la Iglesia tiene que tener más presente que nunca el mandato evangélico: «*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura*».

En la selección de textos que publicamos en las páginas de la revista hemos querido recoger algunos aspectos del documento que nos parecen de especial importancia. En primer lugar, el Papa quiere subrayar la necesidad de comunicar la fe con la alegría que nace de la misma fe. Ante un mundo cada vez más desconocedor del verdadero gozo, desalentado por los fracasos en la búsqueda inútil de un mundo feliz, incapaz de establecer relaciones permanentes de amistad entre los hombres, incluso en

los ambiente más íntimos como es la familia, los cristianos tienen que recordar la palabras de san Pablo: «*Alegraos siempre en el Señor*». Por ello mismo el Santo Padre alerta del grave peligro de acedia que también contamina a los ambientes eclesiales. La vida cristiana viene entonces revestida de ropajes de fracaso, de aburrimiento, como consecuencia de la mundanidad que penetra tan frecuentemente en la vida de los cristianos. En la vida apostólica se sustituye la confianza en la gracia de Dios por planes humanos más propios de una empresa de servicios que de otra cosa. Se espera un éxito inmediato que no acostumbra a alcanzarse, fruto de cualidades humanas y organizativas, que tiene como resultado un pesimismo esterilizante que impide perseverar con humildad y confianza en dichas tareas apostólicas.

El segundo punto que queremos subrayar es la importancia de la piedad popular. Como señala el papa Francisco, una de las dificultades más graves que encuentra la Iglesia para difundir el mensaje evangélico es el intento de reducir la religión al ámbito de la vida privada, excluyendo cualquier manifestación en la vida pública. Son los frutos del laicismo que desde las esferas políticas e intelectuales han configurado la sociedad occidental. La piedad popular es un antídoto eficaz para hacer frente a este laicismo cultural, es una realidad que manifiesta la verdad de aquello que repetía Juan Pablo II: una fe que no se hace cultura, no arraiga en la vida personal. Por ello mismo el Papa valora la gran importancia evangelizadora de la piedad popular.

Finalmente, un doble aspecto del radical sobrenaturalismo del presente documento: «*La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia*». El Papa invita a toda la Iglesia a recobrar su impulso apostólico contemplando el amor del Corazón de Cristo, manifestado especialmente en la cruz y en la Eucaristía. Contemplando el amor que Dios ha manifestado a los hombres renacerá la esperanza a que hemos sido convocados, una esperanza sin recortes humanos, una esperanza que, si bien tendrá su culminación y plenitud en la eternidad no olvida lo que dice el Papa: «*La propuesta es el Reino de Dios, se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida que Él logre reinar entre nosotros la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos*». Los deseos de paz del mundo sólo se realizarán cuando Cristo reine. Como decía Pío XI, «*La paz de Cristo en el Reino de Cristo*».

J. M.^a A. R.

EVANGELII GAUDIUM

(SELECCIÓN)

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años.

2. El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado.

No a la acedia egoísta

81. Cuando más necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo, muchos laicos sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre. Hoy se ha vuelto muy difícil, por ejemplo, conseguir catequistas capacitados para las parroquias y que perseveren en la tarea durante varios años. Pero algo semejante sucede con los sacerdotes, que cuidan con obsesión su tiempo personal. Esto frecuentemente se debe a que las personas necesitan imperiosamente preservar sus espacios de autonomía, como si una tarea evangelizadora fuera un veneno peligroso y no una alegre respuesta al amor de Dios que nos convoca a la misión y nos vuelve plenos y fecundos. Algunos se resisten a probar hasta el fondo el gusto de la misión y quedan sumidos en una acedia paralizante.

82. El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no

vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer. Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo. Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad. Otros, por perder el contacto real con el pueblo, en una despersonalización de la pastoral que lleva a prestar más atención a la organización que a las personas, y entonces les entusiasma más la «hoja de ruta» que la ruta misma. Otros caen en la acedia por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatez ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz.

83. Así se gesta la mayor amenaza, que «es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad». Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como «el más preciado de los elixires del demonio». Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!

No al pesimismo estéril

84. La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22). Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. A cincuenta años del Concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estos males lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad. En ese sentido, podemos volver a escuchar las palabras del beato Juan XXIII en aquella admirable jornada del 11 de octubre de 1962: «Llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino preva-

ricación y ruina [...] Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquélla lo dispone para mayor bien de la Iglesia».

85. Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.

La fuerza evangelizadora de la piedad popular

122. Del mismo modo, podemos pensar que los distintos pueblos en los que ha sido inculturado el Evangelio son sujetos colectivos activos, agentes de la evangelización. Esto es así porque cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia. La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que ésta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano «es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece». Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal.

123. En la piedad popular puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo. En algún tiem-

po mirada con desconfianza, ha sido objeto de revalorización en las décadas posteriores al Concilio. Fue Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* quien dio un impulso decisivo en ese sentido. Allí explica que la piedad popular «refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» y que «hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe». Más cerca de nuestros días, Benedicto XVI, en América Latina, señaló que se trata de un «precioso tesoro de la Iglesia católica» y que en ella «aparece el alma de los pueblos latinoamericanos».

124. En el Documento de Aparecida se describen las riquezas que el Espíritu Santo despliega en la piedad popular con su iniciativa gratuita. En ese amado continente, donde gran cantidad de cristianos expresan su fe a través de la piedad popular, los obispos la llaman también «espiritualidad popular» o «mística popular». Se trata de una verdadera «espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos». No está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum*. Es «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros»; conlleva la gracia de la misionariedad, del salir de sí y del peregrinar: «El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador». ¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!

125. Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. Pienso en la fe firme de esas madres al pie del lecho del hijo enfermo que se aferran a un rosario aunque no sepan hilvanar las proposiciones del Credo, o en tanta carga de esperanza derramada en una vela que se enciende en un humilde hogar para pedir ayuda a María, o en esas miradas de amor entrañable al Cristo crucificado. Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5).

126. En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo. Más bien estamos llamados a alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada. Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización.

La esperanza en el Reino de Dios

180. Leyendo las Escrituras queda por demás claro que la propuesta del Evangelio no es sólo la de una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados, lo cual podría constituir una «caridad a la carta», una serie de acciones tendentes sólo a tranquilizar la propia conciencia. La propuesta es el Reino de Dios (cf. Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales. Buscamos su Reino: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura» (Mt 6,33). El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre; Él pide a sus discípulos: «¡Proclamad que está llegando el Reino de los Cielos!» (Mt 10,7).

181. El Reino que se anticipa y crece entre nosotros lo toca todo y nos recuerda aquel principio de discernimiento que Pablo VI proponía con relación al verdadero desarrollo: «Todos los hombres y todo el hombre». Sabemos que «la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre». Se trata del criterio de universalidad, propio de la dinámica del Evangelio, ya que el Padre desea que todos los hombres se salven y su plan de salvación consiste en «recapitular todas las cosas, las del Cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo» (Ef 1,10). El mandato es: «Id por todo el mundo, anunciad la Buena Noticia a toda la creación» (Mc 16,15), porque «toda la creación espera ansiosamente esta revelación de los hijos de Dios» (Rm 8,19). Toda la creación quiere decir también todos los aspectos de la vida humana, de manera que «la misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño». La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, siempre genera historia.

La contemplación del amor de Jesús, primer motivo para evangelizar

264. La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando

estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás.

El triunfo de Cristo Resucitado, fuente de nuestra esperanza

275. En el capítulo segundo reflexionábamos sobre esa falta de espiritualidad profunda que se traduce en el pesimismo, el fatalismo, la desconfianza. Algunas personas no se entregan a la misión, pues creen que nada puede cambiar y entonces para ellos es inútil esforzarse. Piensan así: Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante». Con esa actitud se vuelve imposible ser misioneros. Tal actitud es precisamente una excusa maligna para quedarse encerrados en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha, el vacío egoísta. Se trata de una actitud autodestructiva porque «el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se volvería insoportable». Si pensamos que las cosas no van a cambiar, recordemos que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder. Jesucristo verdaderamente vive. De otro modo, «si Cristo no resucitó, nuestra predicación está vacía» (1 Co 15,14). El Evangelio nos relata que cuando los primeros discípulos salieron a predicar, «el Señor colaboraba con ellos y confirmaba la Palabra» (Mc 16,20). Eso también sucede hoy. Se nos invita a descubrirlo, a vivirlo. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda.

276. Su resurrección no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparabile. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo.

277. También aparecen constantemente nuevas dificultades, la experiencia del fracaso, las pequeñeces humanas que tanto duelen. Todos sabemos por experiencia que a veces una tarea no brinda las satisfacciones que deseáramos, los frutos son reducidos y los cambios son lentos, y uno tiene la tentación de cansarse. Sin embargo, no es lo mismo cuando uno, por cansancio, baja momentáneamente los brazos que cuando los baja definitivamente dominado por un descontento crónico, por una acedia que le seca el alma. Puede suceder que el corazón se canse de luchar porque en definitiva se busca a sí mismo en un carrerismo sediento de reconocimientos, aplausos, premios,

puestos; entonces, uno no baja los brazos, pero ya no tiene garra, le falta resurrección. Así, el Evangelio, que es el mensaje más hermoso que tiene este mundo, queda sepultado debajo de muchas excusas.

278. La fe es también creerle a Él, creer que es verdad que nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia «en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles» (Ap 17,14). Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!

Los santuarios marianos manifiestan la fe en la acción maternal de María

286. María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Comomadre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios. A través de las distintas advocaciones marianas, ligadas generalmente a los santuarios, comparte las historias de cada pueblo que ha recibido el Evangelio, y entra a formar parte de su identidad histórica. Muchos padres cristianos piden el Bautismo para sus hijos en un santuario mariano, con lo cual manifiestan la fe en la acción maternal de María que engendra nuevos hijos para Dios. Es allí, en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida. Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: «No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?».

Cristo, primogénito de toda la creación y centro de la historia

Homilía del santo padre Francisco en la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

Plaza de San Pedro, domingo, 24 de noviembre de 2013

La solemnidad de Cristo Rey del Universo, coronación del año litúrgico, señala también la conclusión del Año de la Fe, convocado por el papa Benedicto XVI, a quien recordamos ahora con afecto y reconocimiento por este don que nos ha dado. Con esa iniciativa providencial, nos ha dado la oportunidad de descubrir la belleza de ese camino de fe que comenzó el día de nuestro bautismo, que nos ha hecho hijos de Dios y hermanos en la Iglesia. Un camino que tiene como meta final el encuentro pleno con Dios, y en el que el Espíritu Santo nos purifica, eleva, santifica, para introducirnos en la felicidad que anhela nuestro corazón.

Dirijo también un saludo cordial y fraterno a los patriarcas y arzobispos mayores de las Iglesias orientales católicas, aquí presentes. El saludo de paz que nos intercambiaremos quiere expresar sobre todo el reconocimiento del Obispo de Roma a estas comunidades, que han confesado el nombre de Cristo con una fidelidad ejemplar, pagando con frecuencia un alto precio.

Del mismo modo, y por su medio, deseo dirigirme a todos los cristianos que viven en Tierra Santa, en Siria y en todo el Oriente, para que todos obtengan el don de la paz y la concordia.

Las lecturas bíblicas que se han proclamado tienen como hilo conductor la *centralidad de Cristo*. Cristo está en el centro, Cristo es el centro. Cristo centro de la creación, del pueblo y de la historia.

1. El apóstol Pablo, en la segunda lectura, tomada de la carta a los Colosenses, nos ofrece una visión muy profunda de la centralidad de Jesús. Nos lo presenta como el *Primogénito de toda la creación*: en él, por medio de él y en vista de él fueron creadas todas las cosas. Él es el centro de todo, es el principio: Jesucristo, el Señor. Dios le ha dado la plenitud, la totalidad, para que en Él todas las cosas sean reconciliadas (cf. 1,12-20). Señor de la creación, Señor de la reconciliación.

Esta imagen nos ayuda a entender que Jesús es el centro de la creación; y así la actitud que se pide al creyente, que quiere ser tal, es la de reconocer y acoger en la vida esta centralidad de Jesucristo, en los pensamientos, las palabras y las obras. Y así nuestros pensamientos serán pensamientos *cristianos*,

pensamientos de Cristo. Nuestras obras serán obras *cristianas*, obras de Cristo, nuestras palabras serán palabras *cristianas*, palabras de Cristo. En cambio, la pérdida de este centro, al sustituirlo por otra cosa cualquiera, sólo provoca daños, tanto para el ambiente que nos rodea como para el hombre mismo.

2. Además de ser centro de la creación y centro de la reconciliación, Cristo es centro del pueblo de Dios. Y precisamente hoy está aquí, en el centro. Ahora está aquí en la Palabra, y estará aquí en el altar, vivo, presente, en medio de nosotros, su pueblo. Nos lo muestra la primera lectura, en la que se habla del día en que las tribus de Israel se acercaron a David y ante el Señor lo ungieron rey sobre todo Israel (cf. 2S 5,1-3). En la búsqueda de la figura ideal del rey, estos hombres buscaban a Dios mismo: un Dios que fuera cercano, que aceptara acompañar al hombre en su camino, que se hiciese hermano suyo.

Cristo, descendiente del rey David, es precisamente el «hermano» *alrededor del cual se constituye el pueblo*, que cuida de su pueblo, de todos nosotros, a precio de su vida. En Él somos uno; un único pueblo unido a Él, compartimos un solo camino, un solo destino. Sólo en Él, en Él como centro, encontramos la identidad como pueblo.

3. Y, por último, Cristo es el *centro de la historia de la humanidad, y también el centro de la historia de todo hombre*. A Él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretengan nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de nuestra existencia se iluminan, y nos da esperanza, como le sucedió al buen ladrón en el evangelio de hoy.

Mientras todos se dirigen a Jesús con desprecio —«Si tú eres el Cristo, el Mesías Rey, sálvate a ti mismo bajando de la cruz»— aquel hombre, que se ha equivocado en la vida pero se arrepiente, al final se agarra a Jesús crucificado implorando: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino» (Lc 23,42). Y Jesús le promete: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43): su Reino. Jesús sólo pronuncia la palabra del perdón, no la de la condena; y cuando el hombre encuentra el valor de pedir este perdón, el Señor no deja de atender una petición como esa. Hoy todos

podemos pensar en nuestra historia, nuestro camino. Cada uno de nosotros tiene su historia; cada uno tiene también sus equivocaciones, sus pecados, sus momentos felices y sus momentos tristes. En este día, nos vendrá bien pensar en nuestra historia, y mirar a Jesús, y desde el corazón repetirle a menudo, pero con el corazón, en silencio, cada uno de nosotros: «Acuérdate de mí, Señor, ahora que estás en tu Reino. Jesús, acuérdate de mí, porque yo quiero ser bueno, quiero ser buena, pero me falta la fuerza, no puedo: soy pecador, soy pecadora. Pero, acuérdate de mí, Jesús. Tú puedes acordarte de mí porque tú estás

en el centro, tú estás precisamente en tu Reino.» ¡Qué bien! Hagámoslo hoy todos, cada uno en su corazón, muchas veces. «Acuérdate de mí, Señor, tú que estás en el centro, tú que estás en tu Reino.»

La promesa de Jesús al buen ladrón nos da una gran esperanza: nos dice que la gracia de Dios es siempre más abundante que la plegaria que la ha pedido. El Señor siempre da más, es tan generoso, da siempre más de lo que se le pide: le pides que se acuerde de ti y te lleva a su Reino.

Jesús es el centro de nuestros deseos de gozo y salvación. Vayamos todos juntos por este camino.

El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal

SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios espirituales (91-98)*

Primer preámbulo. El primer preámbulo es la composición de lugar. Será aquí ver con la vista de la imaginación sinagogas, villas, y castillos, por donde Cristo nuestro Señor predicaba.

Segundo preámbulo. El segundo, pedir la gracia que quiero, será aquí pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, sino presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.

Primer punto. El primer punto es poner delante de mí un rey humano, elegido por designación de Dios nuestro Señor, a quien reverencian y obedecen todos los gobernantes y todos los hombres cristianos.

Segundo punto. El segundo punto, mirar cómo este rey habla a todos los suyos, diciendo: «Mi voluntad es conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de estar contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc. para que así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos.»

Tercer punto. El tercero: considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano, y por consiguiente si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto merecería ser menospreciado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

La segunda parte de este ejercicio consiste en aplicar el anterior ejemplo del rey temporal a Cristo nuestro Señor, conforme a los tres puntos dichos.

Primer punto. Y en cuanto al primer punto, si consideramos ese llamamiento del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, Rey eterno, y delante de Él a todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: «Mi voluntad es conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, para que siguiéndome en la pena también me siga en la gloria».

Segundo punto. El segundo: considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán toda su persona al trabajo.

Tercer punto. El tercero: los que quieran aspirar a más y señalarse en todo servicio de su Rey eterno y señor universal, no solamente ofrecerán su persona al trabajo, sino que, obrando incluso contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor valor y mayor importancia, diciendo:

«Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad y delante de vuestra Madre Gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial: que yo quiero, y deseo, y es de mi determinación deliberada, con tal de que sea vuestro mayor servicio y alabanza, imitaros en pasar toda clase de injurias, y todo menosprecio y toda pobreza, así actual como espiritual, si vuestra santísima majestad me quiere elegir y recibir en tal vida y estado».

Contemplar la vida del Rey Eternal

ENRIQUE MARTÍNEZ

QUE el Año de la Fe concluya en la solemnidad de Cristo Rey es una admirable coincidencia, que no puede menos que ser un don de la Providencia. Explica Pío XI en la encíclica sobre la institución de dicha fiesta que, «para instruir al pueblo en las cosas de la fe y atraerle por medio de ellas a los íntimos goces del espíritu, mucha más eficacia tienen las fiestas anuales de los sagrados misterios que cualesquiera enseñanzas, por autorizadas que sean, del eclesiástico magisterio» (*Quas primas*, 20). De ahí que el más congruente colofón del Año de la Fe sea la celebración de Cristo Rey, que fortalece nuestra fe al invitarnos, como hace también san Ignacio de Loyola en los *Ejercicios Espirituales*, «a contemplar la vida del Rey eternal» (EE, 91).

Es al inicio de la segunda semana cuando san Ignacio propone el ejercicio titulado: «El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal». En una primera parte debe el ejercitante considerar un rey humano cuya voluntad es «conquistar toda la tierra de infieles» (EE, 93), y es por tal razón que hace un llamamiento a seguirlo en sus trabajos para luego tener parte con él en la victoria. En la segunda parte, y tomando como ejemplo a ese rey temporal, la mirada pasa a dirigirse «a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante dél todo el universo mundo» (EE, 95); su voluntad es en este caso «conquistar todo el mundo y todos los enemigos» (EE, 95), para lo que hace también un llamamiento a seguirlo, «porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria» (EE, 95). Consideremos brevemente algunos aspectos de esta contemplación.

Contemplación de fe en el Rey Eternal

HAY que decir, en primer lugar, que se trata de una contemplación propia de la fe. Ésta tiene como objeto las verdades divinas, y en este caso se contempla la omnipotencia de Jesucristo en tanto que es verdadero Dios. Pero también en tanto que hombre, pues pertenecen a la fe «las verdades que se refieren a la humanidad de Cristo, a los sacramentos de la Iglesia, o a cualquiera otra criatura en cuanto que nos ordenan a Dios» (S.Th. II-II, 1, 1, ad 1). Y que Cristo es Rey como hombre lo enseña con toda claridad Pío XI en *Quas primas*:

«Es evidente que también en sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; pues sólo en cuanto hombre se dice de Él que recibió del Padre *la potestad, el honor y el reino* (Dan 7,13-14); porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, no puede menos de tener en común con Él lo que es propio de la divinidad y, por tanto, poseer también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas» (QP, 6). Más aún, esta realeza humana de Cristo se extiende no sólo a lo espiritual, sino a todo lo creado, llegando hasta individuos y sociedades (cf. QP, 14-19).

Pues bien, es a este Rey eterno de todo lo temporal a quien se contempla desde la fe en el ejercicio ignaciano. No es, por tanto, una mera metáfora el que se recurra a una realeza temporal como medio de elevar la mirada a la realeza eterna, pues todo reino temporal pertenece a Cristo, sobre todo el que se somete de buen grado a su suave yugo. La diferencia estriba en que ese reino temporal «en tierra de los infieles» que propone san Ignacio no ha alcanzado aún a «todo el mundo y todos los enemigos», que es la finalidad del Rey eterno. Leamos de nuevo en *Quas primas* una descripción de este avance del Reino de Cristo, aún incompleto: «Porque maravilla es cuánto ha conmovido a las almas la exposición misional, que ofreció a todos el conocer bien ora el infatigable esfuerzo de la Iglesia en dilatar cada vez más el Reino de su Esposo por todos los continentes e islas –aun, de éstas, las de mares los más remotos–, ora el crecido número de regiones conquistadas para la fe católica por la sangre y los sudores de esforzadísimos e invictos misioneros, ora también las vastas regiones que todavía quedan por someter a la suave y salvadora soberanía de nuestro Rey» (QP, 3).

Toda esta contemplación de los reinos temporales es, por ello, muy eficaz para fortalecer la fe en la realeza de Cristo. La oración colecta de la memoria del emperador san Enrique nos ilustra muy bien al respecto, como ejemplo de rey temporal beneficiado por la contemplación del Rey eterno: «Oh Dios, que has llevado a san Enrique, movido por la generosidad de tu gracia, a la contemplación de las cosas eternas desde las preocupaciones del gobierno temporal, concédenos, por sus ruegos, caminar hacia ti con sencillez de corazón en medio de las vicisitudes de este mundo».



Contemplación para alcanzar esperanza en la consumación del Reino eterno

MAS esta contemplación del rey temporal no sólo fortalece nuestra fe en el Rey eterno, sino que aumenta nuestra esperanza de la consumación del Reino. El fundamento de esta esperanza es, precisamente, que tal es la determinación de Cristo: «mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre». Hay que decir que estas palabras que pone san Ignacio en boca del Rey eterno acerca de su Reino universal pertenecen al depósito de la fe, como hallamos frecuentemente en la Sagrada Escritura, como en el salmo 72: «Que en sus días florezca la justicia y abunde la paz, mientras dure la luna; que domine de un mar hasta el otro, y desde el Río hasta los confines de la tierra. Que se inclinen ante Él las tribus del desierto, y sus enemigos muerdan el polvo; que los reyes de Tarsis y de las costas lejanas le paguen tributo. Que los reyes de Arabia y de Saba le traigan regalos; que todos los reyes le rindan homenaje y lo sirvan todas las naciones» (Sal 72, 7-11). O en este otro aún más explícito de san Pablo: «Es necesario que Cristo reine hasta que ponga a todos los enemigos debajo de sus pies» (1 Cor 15, 25).

Y de ahí que esta esperanza de la consumación del Reino sea igualmente una verdad enseñada por el Magisterio, como leemos por ejemplo en la constitución dogmática *Lumen gentium*, del Concilio Vaticano II: «La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese Reino. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el Reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansia unirse con su Rey en la gloria» (LG, 5).

Este el anhelo y, más aún, la esperanza que resulta de contemplar al Rey eterno en su poder y en su firme determinación. Y es que, como afirma san Pablo, «tengo confianza de que quien inició la obra buena entre vosotros, la irá completando hasta el día de Cristo Jesús» (Flp 1, 6). Es una verdadera consolación propia de la contemplación, en el decir de san Ignacio (cf. EE, 316).

Contemplación para alcanzar amor, del Corazón de Cristo Rey

FINALMENTE, esta contemplación del Rey eterno, que quiere consumir su Reino, nos mueve a amarlo y a entregarnos plenamente a su servicio. Se trata, por tanto, de una suerte de «contemplación para alcanzar amor», como la que propone san Ignacio en la cuarta semana (EE, 230).

En la del Rey eterno de la segunda semana nos encontramos con un llamamiento a su servicio para trabajar por su Reino. La razón para secundar ese llamamiento es el ejemplo que da «un rey tan liberal y tan humano» (EE, 94), pues es el primero en ir al combate y en padecer trabajos; de manera que «si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero» (EE, 94). De ahí que al llamamiento se responde con un acto de ofrenda: «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y sanctas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra sanctísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado» (EE, 98).

En la contemplación de la cuarta semana no se trata ya de obtener como triunfo la victoria sobre

los enemigos y el sometimiento de todas las naciones al imperio de Cristo, sino que, supuesto todo ello, el premio es ahora el mismo Cristo. La razón del llamamiento es en este caso el amor del Corazón del Rey eterno, de todos sus beneficios para con los hombres y, sobre todo, de haberse dado Él mismo en persona por amor: «desea dárseme en cuanto puede según su ordenación divina» (EE, 234). Y en respuesta a este amor del Corazón de Cristo, que se nos ha dado, uno no puede sino darse del todo a Él, pues amor con amor se paga. Veamos la ofrenda propia de esta contemplación: «Y con esto reflexionar, en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien ofrece, afectándose mucho: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia; que ésta me basta» (EE, 234).

Que esta contemplación del Rey eterno sirva para alcanzar amor, y gustarlo en la contemplación, se nos revela como uno de aquellos dos frutos de las fiestas litúrgicas anuales, que señalaba Pío XI: «instruir al pueblo en las cosas de la fe y atraerle por medio de ellas a los íntimos goces del espíritu». De este modo, contemplar el amor con el que Cristo reina y desea llevar su Reino a plenitud, para atraer a su Corazón todas las almas, es un «sentir y gustar de las cosas internamente» (EE, 3), causa de una profunda consolación y gozo interior: «Llamo con-

solación, todo aumento de esperanza fe y caridad; y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quitándola y pacificándola en su Criador y Señor» (EE, 316).

Que la contemplación no sea sólo del entendimiento, sino que mueva al amor, es algo que nos enseña el papa Francisco en la encíclica *Lumen fidei*, publicada en el Año de la Fe. Citando a Guillermo de Saint Thierry en su comentario al versículo del Cantar de los Cantares en el que el amado dice a la amada «Palomas son tus ojos» (Ct 1,15), explica el Pontífice que estos dos ojos «son la razón creyente y el amor, que se hacen uno solo para llegar a contemplar a Dios, cuando el entendimiento se hace entendimiento de un amor iluminado» (LF, 27). E identifica esta contemplación amorosa con la unión con el amado, que se revela ante nuestros ojos: «Quien ama comprende que el amor es experiencia de verdad, que Él mismo abre nuestros ojos para ver toda la realidad de modo nuevo, en unión con la persona amada» (LF, 27).

De este modo, la contemplación del Rey eterno propia de la solemnidad de Cristo Rey, nos permite fortalecer la fe en su potestad regia, esperar la consumación de su reinado, y ponernos enteramente a su servicio, hasta que llegue el día en que podamos contemplar su rostro, que es la finalidad última del Reino de Cristo, como enseña santo Tomás de Aquino: «Cristo entregará el Reino al Dios y Padre cuando haya conducido a los justos, en los que ahora reina por medio de la fe, a la visión beatífica, para que contemplen la misma esencia común al Padre y al Hijo» (S.Th. III, 20, 1 ad 3).

LA FIESTA DE CRISTO REY, REPARACIÓN DE LA ACTUAL APOSTASÍA

Nos anima, sin embargo, la dulce esperanza de que la fiesta anual de Cristo Rey, que se celebrará en seguida, impulse felizmente a la sociedad a volverse a nuestro amadísimo Salvador. Preparar y acelerar esta vuelta con la acción y con la obra sería ciertamente deber de los católicos; pero muchos de ellos parece que no tienen en la llamada convivencia social ni el puesto ni la autoridad que es indigno les falten a los que llevan delante de sí la antorcha de la verdad. Estas desventajas quizá procedan de la apatía y timidez de los buenos, que se abstienen de luchar o resisten débilmente; con lo cual es fuerza que los adversarios de la Iglesia cobren mayor temeridad y audacia. Pero si los fieles todos comprenden que deben militar con infatigable esfuerzo bajo la bandera de Cristo Rey, entonces, inflamándose en el fuego del apostolado, se dedicarán a llevar a Dios de nuevo los rebeldes e ignorantes, y trabajarán animosos por mantener incólumes los derechos del Señor.

Además, para condenar y reparar de alguna manera esta pública apostasía, producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey entre todas las gentes? En verdad: cuanto más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, en las reuniones internacionales y en los parlamentos, tanto más alto hay que gritarlo y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad.

Pío XI: encíclica *Quas primas*

La solemnidad de Cristo Rey: el mejor medio para el único fin

F. VILLAGRA

ADVENIAT Regnum tuum». Para que acontezca lo que tanto anhelamos puede ayudar conocer bien la oración litúrgica, la que mejor expresa las intenciones de la Iglesia, «Iglesia que es Reina, pues es tu Esposa, oh divino Rey de reyes».¹

¿Cuál es la fuente de donde mana la consagración de las familias y de los reinos, e incluso la de la humanidad entera al Sagrado Corazón? ¿Cuál es la cima a la que tienden los congresos eucarísticos y las entronizaciones en las casas? La teología toda e incluso el magisterio de la Iglesia se nutren y tienden naturalmente hacia el misterio de Cristo, actualizado en el sacrificio eucarístico y celebrado en nombre de toda la Iglesia. La Sagrada Liturgia «es ejercicio del sacerdocio de Cristo... cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia» («*nulla alia actio Ecclesiae adaequat*»)².

Si la consagración es opción pública de sometimiento a la soberanía de Cristo, la celebración litúrgica la va haciendo real ya ahora, en todo el mundo y para toda la historia, trayendo el origen de la felicidad no sólo al corazón de cada hombre sino a la sociedad entera.

La consagración del mundo al Sagrado Corazón surgió de la iniciativa de una religiosa, la beata María Droste zu Vischering. La instauración de la solemnidad de Cristo Rey la debemos a la perseverancia de un virtuoso matrimonio, Marthe y Georges Noailles, que consiguieron el apoyo de muchísimos obispos y fieles para solicitarla al Papa.³

Pío XI presidió la primera misa de Cristo Rey el 31 de diciembre de 1925. A partir de entonces se debía celebrar el último domingo de octubre, previo a la solemnidad de Todos los Santos: «*In festo D.N. Jesu Christi Regis. Duplex I classis*».⁴

Tras la reforma, Cristo Rey tiene el máximo rango litúrgico: «solemnidad». El domingo XXXIV, último domingo «*per annum*», entre el 20 y el 26 de noviembre, es además «la solemnidad que contiene toda otra solemnidad», pues culmina y contiene todos los otros misterios de la vida del Señor.

Es también utilísima preparación al Adviento, en que recordando el primer advenimiento del Mesías preparamos y pedimos con ansias el segundo y definitivo.

Cristo Rey es, sobre todo, atraer ya sobre el mundo este fin de los tiempos en que su divina Majestad será amado por todos y en todas partes como nunca lo ha sido. No sólo por la doctrina que contiene, sino porque la hace real y viva ya ahora.

Fijémonos ahora en los textos de esta santa misa.

Con los ritos iniciales Dios mismo convoca a sus hijos, que se reúnen «*in nomine Christi*» (lema de Pablo VI).⁵

La *antífona introductoria* (introito) invoca Ap 5, 12; 1, 6: «*Dignus est Agnus, qui occisus est accipere virtutem, et divinitatem, et sapientiam, et fortitudinem, et honorem. Ipsi gloria et imperium in secula saeculorum*». Antes de la reforma se añadía el salmo 71, 1 (72, 1) que ahora no se recita: «*Deus, iudicium tuum Regi da: et justitiam tuam Filio Regis*».

A la señal de la cruz le sigue el acto penitencial, y el Rey, mirándonos con misericordia, nos elige («*miserando atque eligendo*», lema del papa Francisco).

Entonces la asamblea prorrumpe el gloria, cuyas primeras palabras no humanas, traídas del cielo por los ángeles, nos recuerdan que la gloria es la manifestación exterior de Dios, pero también su suprema interioridad, condensada y concentrada en la persona de su Hijo, el Rey.

***Omnia instaurare in Christo* (san Pío X): la oración colecta**

LA oración colecta recoge la oración de toda la asamblea santa: «*Omnipotens sempiterne Deus, qui in dilecto Filio tuo, universorum*

5. Traemos en distintos lugares del artículo los lemas de los pontífices que han gobernado la Iglesia desde León XIII, que sintetizan sus intenciones más profundas.

1. Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, *Manuscrito B 4rº*.

2. Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium 7, Catecismo de la Iglesia católica 1070*.

3. L. Cano Medina op. cit., p105.171. Roma 2007. A los tres meses de la instauración, inesperadamente, Marthe Noailles falleció, y su marido profesó en la Orden de San Benito.

4. *Missale Romanum*, Editio vigesima septima, pp 690-691. Turonibus 1960.

Rege, omnia instaurare voluisti: concede propitius; ut tota creatura, a servitute liberata, tuae maiestati deserviat ac te sine fine collaudet».

La traducción castellana es la mejor: «Dios todopoderoso y eterno, que quisiste instaurar todas las cosas en tu Hijo muy amado, Rey del Universo, haz que toda la creación, liberada de la esclavitud del pecado, sirva a tu majestad y te glorifique sin fin».⁶

«Instaurar todas las cosas en Cristo».⁷ Pensemos aquí en el ánimo de Su Santidad Pío XI cuando el 11 de diciembre de 1925 promulgó la encíclica *Quas primas* por la que instituía esta entonces «fiesta». Era el XVI centenario del concilio que en Nicea definió que el Verbo es de la misma sustancia del Padre. Por eso «forzosamente debe tener en común con Él lo que es propio de la divinidad, y, por consiguiente, tiene sobre todas las cosas creadas sumo imperio».⁸ Si en su primera encíclica *Annum Sacrum* repetía que nunca habrá esperanza de paz mientras las naciones rechacen el imperio del Salvador, ahora mostraba el único remedio para instaurar dicho imperio. «La coincidencia entre la apostasía de la humanidad y la proclamación de la realeza de Cristo era ni más ni menos la que hay entre un gravísimo mal y su eficaz remedio».⁹ La fiesta se instituye contra el laicismo, que quiere un Reino sin Cristo.¹⁰ El Papa no sólo enseñó el remedio, sino que «mandó que se materializase», pues eso es la Liturgia: realización de lo que se celebra.

Ha habido en la colecta una ampliación de la petición inicial. En 1925 se pedía que los gentiles, heridos por el pecado, se sometieran a Cristo Rey: «*ut cunctae familiae gentium, peccati vulnere disgregatae, ejus suavissimo subdantur imperio*» («que todas las familias de la gentilidad, disgregadas por la herida del pecado, se sometan al suavísimo imperio de aquel que siendo Dios, vive y reina contigo»).

6. La traducción catalana traduce «*tuae maiestati deserviat ac te*» por «us serveixi fidelment». La gallega por «proclamen a túa gloria». La italiana por «ti serva» y la francesa por «reconnaisse ta puissance». Repetimos: la castellana es la mejor.

7. Sólo mencionamos aquí reminiscencias del término: Ef 1, 10; el cardenal Louis Pie, la encíclica *Arcanum* de 10-2-1880 de León XIII (AAS 12 (1879-80) pp 57-94 y sobre todo el magisterio de san Pío X.

8. Pío XI, *Quas primas* 6.

9. J. M.^a Petit Sullá. «Ven, Señor Jesús. A los setenta años de la fiesta de Cristo Rey». *CRISTIANDAD* 774 (1995 diciembre), pp 11-16.

10. Expresión repetida por Francisco Canals para referirse a las soluciones fundadas en el hombre o al cristianismo que no se toma en serio todas las consecuencias socio-políticas de la Encarnación (un Cristo sin Reino, «arrianismo político»).

Desde 1969 se pide ese dulcísimo sometimiento para toda criatura (no sólo para los gentiles, ni siquiera sólo para los hombres), añadiendo la servitud a la disgregación como efectos del pecado.

La Palabra de Dios: *Cooperatores veritatis* (Benedicto XVI).

Dios mismo habla a su pueblo y el mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de sus fieles».¹¹ La Liturgia de la Palabra no es «lectura» ni «lección»: es presencia. Es un sacramental que prepara para el sacramento de su cuerpo.

Antes de la reforma se proclamaba como epístola Col 1, 12-20 (como ahora en el ciclo C). El salmo («*Gradual*») era otra vez el 71, 8-11: «de mar a mar dominará... le adorarán todos los reyes de la tierra: todos los pueblos le servirán».

La antífona para el Aleluya era: «*potestas ejus, potestas aeterna, quae non auferetur: et Regnum ejus, quod non corrumpetur. Alleluja*» (Dn 7, 14). Y el Evangelio era el de Cristo Rey ante Pilatos (Jn 18, como en nuestro actual ciclo B).

Esta es la Palabra de Dios que el leccionario propone proclamar ahora en cada ciclo litúrgico.

Ciclo A:

Ez 34, 11-12.15-17: Dios pastor y juez de Israel.
Salmo 22: el Señor es mi pastor.

1 Co 15, 20-26.28: Cristo resucitado entrega el Reino al Padre.

Mt 25, 31-46: el Juicio Final en función de la caridad.

Ciclo B:

Dn 7, 13-14: el poder del Hijo del hombre.

Salmo 92: el Señor reina vestido de majestad.

Ap 1, 5-8: ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes.

Jn 18, 33b-37: «Soy Rey» (de todo el cosmos). Realeza que no procede de (*ek*) este mundo.

Ciclo C:

2 Sm 5, 1-3: David es ungido como Rey.

Salmo 121: Vamos con gozo a la casa del Señor.

Col 1, 12-20: nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido.

Lc 23, 35-43: acuérdate de mí que vienes (aoristo subjuntivo activo) en tu Reino.

Llega después la profesión de fe, la plegaria uni-

11. Ordenación General del Misal Romano 29.55.27.60

versal... y empieze la liturgia eucarística. «Ahora la acción cesa... tiene que quedar claro que es éste el momento principal... porque ahora tiene lugar la *actio* de Dios».¹²

Oración sobre las ofrendas: *Obœdientia et Pax* (beato Juan XXIII) y *Humilitas* (Juan Pablo I)

LA oración sobre las ofrendas reza así: «te ofrecemos, Señor, el sacrificio de reconciliación de los hombres, pidiendo humildemente que tu Hijo conceda a todos los pueblos el don de la paz y la unidad».

La edición latina típica dice: «*hostiam tibi, Domine, humane reconciliationis offerentes, suppliciter deprecamur, ut ipse Filius tuus cunctis gentibus unitatis et pacis dona concedat*».

Esta oración actual, sus traducciones¹³ y la oración de 1925 (llamada entonces «*oratio super oblata secreta*») son parecidas.¹⁴ Tras un inicio idéntico al actual, se pedía: «haz que esta misma víctima, tu Hijo Jesucristo, Señor nuestro, a quien inmolamos en este sacrificio, otorgue a todos los pueblos los dones de la unidad y de la paz» («*offerimus: praesta, quaesumus; ut quem sacrificiis praesentibus immolamus, ipse cunctis gentibus unitatis et pacis dona concedat, Jesus Christus Filius tuus Dominus noster*»). Se hacía entonces más explícito que la Eucaristía es, primordialmente,¹⁵ inmolación sacrificial del Hijo-Víctima.

12. J. Ratzinger, *La fiesta de la fe*, p123. Desclée de Brouwer. Bilbao 1999.

13. Las traducciones varían básicamente en el modo de pedir. Así, en catalán, italiano y francés se usa el imperativo: «Senyor, us oferim aquest sacrifici que ens reconcilia amb vós; feu que el vostre Fill i Rei de l'univers doni a tots els pobles la unitat i la pau». La traducción castellana y la gallega remarcan que «pedimos humildemente».

14. Algunos entendieron que se debía decir en secreto, cuando el término significa «separadas». En el antiguo ofertorio se rezaba además el salmo 2, 8: «*postula a me et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae*». Añadamos aquí que esta oración, como todas las oraciones, debe hacerse de pie.

15. «Primordial»: cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristia* 10 y *Mane nobiscum Domine* 15; Congregación para el Culto Divino, Instrucc. *Redemptionis sacramentum* 38.

Pero ¿qué estamos pidiendo? Dones mesiánicos por excelencia: la «unidad» de los pueblos y «la paz». El modo en que hay que entender estos dones es competencia del Magisterio, que ha ido concretando y desarrollando su significado.

La unidad de los pueblos sólo se realizará en el Señor. «La felicidad de la nación no procede de distinta fuente que la felicidad de los ciudadanos».¹⁶ La nación, pues, debe someterse al carácter real y no metafórico de la soberanía de Cristo, que contiene la triple potestad legislativa, ejecutiva y judicial.¹⁷

La paz, se ha ido viendo, es cuestión central en la celebración y en la mente de todos los pontífices.¹⁸

El laicismo, «peste de nuestros tiempos»,¹⁹ tiene el efecto contrario: disgregación creciente y ausencia de paz en las almas, las familias, las naciones.

Es notorio que falta mucho para que la comprensión de los fieles —que responden «Amén» a esta oración que el sacerdote pronuncia en su nombre y en el propio— sea conforme a la mente de

la Iglesia. «*In te, Domine, speravi; non confundar in æternum*» (lema de Benedicto XV, del salmo 71).

Prefacio: *Opus iustitiae pax* (Pío XII)

LA reforma litúrgica no cambió el prefacio.²⁰ Unidos al sacerdote, los fieles junto con los ángeles y los santos pronuncian esta síntesis bellísima en ochenta palabras de todo lo que se puede decir de Cristo Rey:

1.- «Porque consagraste sacerdote eterno y rey del universo a tu único Hijo, Jesucristo nuestro Se-

16. San Agustín, *Epistola ad Macedonium*, 3; CSEL 44, 430.

17. Cf. J.M.^a Petit Sullá, «A los ochenta años de la encíclica *Quas primas*». *CRISTIANDAD* 892, pp 3-11. Barcelona 2005 (noviembre).

18. El XXVI Congreso Eucarístico de Roma, de 24-26 de mayo de 1922, tenía el lema «El Reino pacífico de Nuestro Señor en la Eucaristía». Pesó mucho, como explicaban F. Canals y J.M.^a Petit en sus conferencias, al decidirse a instaurar la fiesta.

19. S.S. Pío XI. *Quas primas* 12.

20. C. Urtasun. Las oraciones del misal, pp 645-55. Biblioteca litúrgica. Centre de Pastoral Litúrgica. Barcelona 1995.



ñor, ungiéndole con óleo de alegría, («*qui unigenitum Filium tuum Dominum nostrum Jesum Christum, Sacerdos aeternum et universorum regem, oleo exultationis unxisti*»).

2.- «para que ofreciéndose a sí mismo como víctima perfecta y purificadora en el altar de la cruz, consumara el misterio de la redención humana» («*ut, seipsum in ara crucis, hostiam immaculatam et pacificam offerens, redemptionis humanae sacramenta perageret*»).

3.- «y sometiendo a su poder la creación entera, entregara a tu majestad infinita un reino eterno y universal», («*et suo subjectis imperio omnibus creaturis, aeternum et universale regnum immensae tuae traderet Majestati*»).

4.- «reino de la verdad y la vida, reino de la santidad y la gracia, reino de la justicia, el amor y la paz».²¹

(«*regnum veritatis et vitae; regnum sanctitatis et gratiae; regnum justitiae, amoris et pacis*»).

Ritos finales: *Pax Christi in Regnum Christi* (Pío XI)

LA *antífona para la comunión* se ha conservado, extraída del SI 28, 10-11: «*Sedebit Dominus Rex in aeternum: Dominus benedicet populo suo in pace*» («el Señor se sienta como Rey eterno, el Señor bendice a su pueblo con la paz»; «el Senyor regna per sempre. El Senyor beneeix el seu poble amb el do de la pau»).

De nuevo tenemos la paz como horizonte en el futuro y como realidad actual. Paz mesiánica que va a surgir no ya de una mirada, sino de una fusión. Como gota de agua en el océano, desaparecemos como santa Teresita en Cristo el día de su primera comunión: «sólo quedaba Jesús, Él era el dueño... *el Rey*».²²

La asamblea reza ahora la *oración post-comunión*: «*immortalitatis alimoniam consecuti, quaesumus, Domine: ut, qui Christi Regis universorum gloriamur oboedire mandatis, cum ipso, in caelesti regno sine fine vivere valeamus*».

«Después de recibir el alimento de la inmortalidad,

21. Traducción catalana: «A Vós, que ungréu sacerdot etern i Rei universal, el vostre fill Unigèn i Senyor nostre Jesucrist. Per tal que, en oferir-se Ell mateix en l'ara de la creu, víctima immaculada i pacificadora, portés a terme el misteri de la redempció dels homes; i, després de sotmetre tota la creació, posés en mans de la vostra majestat infinita el seu Regne universal i etern: Regne de veritat i de vida, Regne de santedat i de gràcia, Regne de justícia, d'amor i de pau».

22. Santa Teresita del Niño Jesús. *Manuscrito A*, 35vº

dad, te pedimos, Señor, que quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del universo, podamos vivir eternamente con Él en el Reino del Cielo».

La primera parte, inmodificada en la reforma litúrgica, llama a la Eucaristía «*alimonia*». «*Alimonia*» es más que un «alimento». Los clásicos empleaban esta palabra para significar la acción de amamantar a un bebé. Es impresionante pensarnos bebés indefensos y confiados cuya supervivencia toda depende de esta leche que diviniza.

La Iglesia recurre a este término tan tierno también en el Adviento, en el domingo de la semana XII... ¡y en el día de san José! Se ve fácilmente aquí el vínculo tan profundo entre Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón, que cual nodriza nos alimenta y sustenta, de cuyas entrañas de misericordia obtenemos la gracia y la paz.²³

La segunda parte de la oración pide «vivir eternamente con Él en el reino del Cielo». En 1925 se pedía que «podamos con él mismo reinar por siempre en la sede celestial» («*cum ipso, in caelesti sede, jugiter regnare possimus*»). «Vivir con Él en el Reino» y «reinar con Él en la sede» nos recuerdan el deseo de santa Teresita: morar con «el Rey de la patria del sol radiante»²⁴ y al lema del pontífice que habló con ella: *Lumen in coelo* (León XIII).

Ha cambiado un poco el sujeto de la oración. Antes era «los que nos gloriamos militar bajo las banderas de Cristo Rey» («*qui sub Christi Regis vexillis militare gloriamur*»)²⁵ Ahora los que pedimos somos «los que tenemos como motivo de gloriarnos el obedecer los mandatos de Cristo Rey». Ambas expresiones no pueden sino significar lo mismo, y en ambos casos se hace imposible no pensar en la meditación de Dos Banderas de los Ejercicios de san Ignacio.

23. Es curioso: el término «*consecuti*» del latín es traducido por castellano y catalán como «después de recibir» y «rebut» respectivamente. El francés traduce «avoir partagé le pain de l'immortalité» y el italiano «hai nutrito con il pane della vita immortale».

24. Santa Teresita del Niño Jesús. *Manuscrito B*, 5vº

25. Enfático el francés: «*nous mettons notre gloire à obeir au Christ Roi de l'univers*». El catalán hace del sujeto un verbo: «que els qui hem rebut l'aliment, que dóna la immortalitat, *ens gloriem* sempre de seguir els manaments de Crist, Rei de l'univers, i puguem viure en el Regne del cel amb Ell». No es lo mismo que decir «los que nos gloriamos». El italiano cambia gloria por gozo: «*fa' che obbediamo con gioia a Cristo*».

Conclusión

ACABA finalmente la celebración, y la esperanza teologal inunda los corazones, que arden en anhelos de «vivir eternamente con Cristo Rey en el Cielo»... «reposando en nuestra frente la mano del Esposo de las Vírgenes, la del Rey de la gloria».²⁶

Podemos ir en la paz que tanto hemos pedido en esta santa misa. Y entonces lo propio de un corazón lleno de la paz de Cristo es recitar fervientemente la consagración del género humano a Cristo Rey, que en este día tiene concedida indulgencia plenaria.²⁷

Nos sentimos reyes, y podemos «aprovechar ese título para liberar a los cautivos y alcanzar favores del Rey para sus súbditos» más necesitados.²⁸

¿Qué hemos pretendido con toda esta reflexión? CRISTIANDAD existe para formar celadores del Apostolado de la Oración que preparen el Reino del Corazón de Cristo. Por ello promueve la devoción al

26. Como imaginaba santa Teresita la mano no ya de León XIII, sino de Cristo Rey sobre la frente de su padre el beato Louis Martin, ya en el Cielo. Cf. *Manuscrito A*, 64rº

27. *Enchiridion de las indulgencias*, Sagrada Penitenciaría Apostólica 18 de mayo de 1986.

28. Santa Teresita del Niño Jesús. *Manuscrito A*, 76vº.

Corazón de Jesús, reflexiona sobre el Magisterio, medita sobre la teología de la historia y nos propone la espiritualidad de la infancia espiritual. Todo ello surge de la Eucaristía, se desarrolla en armónica unidad y tiende hacia la Eucaristía, actualización del misterio pascual, cuyo contenido más profundo es el Corazón abierto de Jesucristo.²⁹

Vivir intensamente el Santo Sacrificio es «nuestro primer deber», donde «se halla la religión plena», en el que «sus actos más excelentes se hallan contenidos y elevados en él a la máxima potencia».³⁰

«La legión de almas pequeñas» te encomienda este deseo a tí, purísima Virgen, Reina del Cielo: *Totus tuus* (beato Juan Pablo II).

29. Joseph Cardinal Ratzinger. *Le mystère pascal, racine et objet plus profond de la dévotion au Sacré-Cœur de Jésus*. Conferencia en el Congreso de Toulouse sobre el Corazón de Jesús (24-28 de julio de 1981), en el XXV aniversario de la carta encíclica *Haurietis aquas*.

30. Henri Ramière, *Apostolado de la Oración*, p. 198. Capítulo 1. Práctica del Apostolado de la Oración. Tradere 2011. No nos cansemos de recordar las palabras del padre Orlandis, como no se cansó nunca de recordarlas F. Canals: «de la comunión con el Apostolado de la Oración, aun con su organización externa, depende la continuidad de Schola Cordis Iesu» (Canals afirmaba haberlo empezado a oír decir un 25/10/1942).

LA PESTE DEL LAICISMO Y SUS CONSECUENCIAS SOCIALES

Y si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado laicismo con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios.

Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en nuestra encíclica *Ubi arcano*, y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento de la paz; las codicias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias; y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad.

Pío XI: encíclica *Quas primas*

«En Cristo está depositada toda nuestra esperanza»

*Homilía de monseñor Juan Antonio Reig Pla, obispo de Alcalá de Henares,
en la clausura del Año de la Fe*

Cementerio de los Mártires de Paracuellos, domingo, 24 de noviembre de 2013,
solemnidad de Jesucristo Rey del Universo

1. *Vamos alegres a la casa del Señor* (Sal 121)

Recogiendo la invitación del Salmista, hoy venimos alegres a este lugar sagrado para clausurar, unidos al papa Francisco, el *Año de la Fe*: «*¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!*» (Sal 121, 1). Este cementerio humilde es la *catedral de los mártires* de la persecución religiosa de 1936 en España. Esta alegría que canta el Salmista se ve acrecentada porque entre los beatificados en Tarragona por el papa Francisco el pasado mes de octubre, quince de ellos están enterrados aquí en Paracuellos; dos dieron la vida por Cristo en Torrejón de Ardoz, los otros trece aquí mismo. En total ya son 134 los beatos. *Testigos de la fe*, que se custodian en este cementerio-relicario a los que se sumarán otros muchos cuyas causas de beatificación ya están iniciadas y también otros cuya causa vamos a iniciar muy pronto. Estos hermanos nuestros, muchos de ellos jóvenes y procedentes de distintos lugares de España, son las piedras elegidas por Dios, labradas y cinceladas por el sufrimiento, que hoy configuran esta *catedral* cuya bóveda es el mismo cielo y adonde se dirigen nuestras voces en honor de Cristo, Rey del universo, vencedor de la muerte y corona de nuestros mártires.

Desde su encarcelamiento hasta su muerte, nuestros hermanos beatificados y sus compañeros se erigen como campeones de la fe que nos enseñan en este momento el itinerario para seguir a Cristo. Ellos, «*no amaron tanto su vida que temieran la muerte*» (Ap 12, 11). Sabían bien quien era su Señor y, escuchando interiormente su llamada, acudieron con entereza a la muerte proclamando la soberanía de Dios, profiriendo palabras de perdón y orando por sus propios verdugos. Cuando de sus labios surgía con fuerza el grito de *¡Viva Cristo Rey!* sabían de quien se habían fiado (cf. 2 Tm 1, 12) y entregaban su vida como víctimas de suave olor, como las oraciones de los santos que alcanzan las moradas eternas.

Paracuellos, la mejor y más humilde *Catedral de los Mártires* en España, es un *lugar sagrado de peregrinación*. Aquí, como los ancianos que subieron

a Hebrón para encontrarse con David (2 Sam 5,1-3), o como el pueblo de Israel que peregrinaba a la Ciudad Santa (cf. Sal 121), nosotros venimos como peregrinos a aprender de nuestros hermanos beatos el camino de la vida; venimos a celebrar con ellos la solemnidad de Jesucristo Rey del Universo y a clausurar solemnemente el *Año de la Fe*.

Este cementerio católico, custodiado, con tanto amor, por la Hermandad de Nuestra Señora de los Mártires de Paracuellos, es también un *lugar de oración*. Aquí venimos a orar por nuestros hermanos difuntos y para suplicar la paz entre los españoles y la prosperidad de nuestro pueblo. Al mismo tiempo, teniendo tantos intercesores en el Cielo cuyos cuerpos reposan en este camposanto, nuestra oración, llena de gratitud y alabanza, se transforma en deseo de que no nos falten en este momento santos en España que irradian su luz unida a la de los 134 religiosos ya beatificados: 63 religiosos agustinos, 22 hospitalarios de San Juan de Dios, trece dominicos, seis salesianos, quince misioneros oblatos, tres hermanos maristas, un sacerdote de la orden de San Jerónimo, un capuchino, un religioso de la orden del Carmen y nueve hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle).

Queridos hermanos, no podríamos escoger otro sitio mejor para clausurar el *Año de la Fe*, porque este lugar santo es como un *candelabro lleno de luz* que ilumina nuestra historia. Los siete brazos de este candelabro que son sus siete fosas con sus cruces blancas, son como antorchas de luz que brillan en la noche de una cultura hegemónica que se empecina en abandonar a Dios. Aquí cayeron nuestros mártires como granos de trigo que fecundan esta tierra para que no le falte a España el pan de la fe y el pan de la Eucaristía, para que no nos falte el equipaje y el sustento que nos han de conducir, por gracia de Dios, a la gloria del Cielo que contemplan nuestros beatos.

Con sus testimonios ellos nos enseñan a adherirnos a Cristo, a abrazar con alegría la cruz; nos enseñan que Dios es lo primero; nos enseñan a perdonar, a esperar todo de Dios. Como los peregrinos ponderaban en la Ciudad Santa los tribunales de justicia y el palacio de David (cf. Sal 121, 5) nosotros en

este humilde santuario confesamos nuestra fe en la resurrección y en la vida eterna. Esta es la verdadera justicia de Dios: la resurrección de los muertos. Jesucristo es el verdadero Rey de justicia cuyo trono está presente en todos los altares donde se celebra la Eucaristía. La mesa de la Eucaristía es la antesala del Cielo y el pan que nos reparten los sacerdotes es el Cuerpo de Cristo, resucitado y glorioso, prenda de la vida eterna, anticipo de la gloria.

2. *Todo fue creado por Él y para Él* (Col 1, 16)

San Pablo en la carta a los Colosenses que hemos escuchado, nos invita a dar *«gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados»* (Col 1 12-13).

Estas palabras ya se han cumplido en nuestros hermanos mártires. Ellos ya participan de la herencia del pueblo santo y su sangre, derramada como la de Cristo, clama por todos cuantos suplicamos su intercesión. Este cementerio, que se extiende a la sombra de la cruz blanca colocada sobre la montaña, proclama a los cuatro vientos la victoria de nuestro Dios. Cristo, *«por quien todo fue creado»* (Col 1, 16), ha colocado su trono en la cruz y en ella ha manifestado el destino de la creación y de la historia. En la cruz nace el hombre nuevo, el Nuevo Adán, el hombre de la obediencia que se deja medir por la sabiduría de Dios. En la cruz, a su vez, se desvela, junto a la malicia del pecado, el destino del hombre: la muerte ha sido vencida por el Amor; la sangre derramada en la cruz es el antídoto del veneno de la muerte. Con su muerte y resurrección Cristo desvela el sentido de la historia: Cristo es la meta del universo. Todo será recapitulado en Cristo porque todo fue creado por Él y para Él.

Si esto es así, nosotros, como los mártires, estamos llamados a resucitar con Cristo para reinar eternamente con Él en su «Reino eterno y universal; el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz» (prefacio de la misa de Cristo Rey).

3. *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lc 23,43)

La cruz y la resurrección de Cristo, del mismo modo que ponen de manifiesto su omnipotencia, a la vez expresan su infinita misericordia. Cristo,

como confesamos en el Credo, murió *«por nosotros y por nuestra salvación»*. Esta es la confianza de los mártires y debe ser nuestra confianza. De la omnipotencia divina y de su infinito amor lo podemos esperar todo y en cualquier momento. Así queda reflejado para todas las generaciones en la súplica del ladrón arrepentido: *«Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino»* (Lc 23, 42). Sin duda que esta súplica fue recitada interiormente por muchos de nuestros mártires y pone en evidencia que, cuando parece que nadie nos escucha, Dios nos escucha siempre: la respuesta de Dios Padre es la resurrección y la vida.

Jesucristo, resucitado y glorioso, se hace presente en la Eucaristía. En esta ermita, construida en medio de este nuevo Calvario, cada vez que celebramos la Santa Misa plantamos el verdadero Árbol de la Vida, de cuyos frutos se alimentaron nuestros hermanos mártires. Del mismo modo que ellos, de manera clandestina en las cárceles de Madrid, pudieron recibir la confesión de sus pecados y comulgar de mano de los sacerdotes beatos, hoy también nosotros, venimos a alimentarnos del Cuerpo y la Sangre de Cristo para continuar construyendo una España digna y fraterna.

Queridos hermanos: al clausurar el *Año de la Fe* renovemos nuestra adhesión a Cristo y a la Iglesia que prolonga su presencia en la historia. En Cristo está depositada toda nuestra esperanza. Como el ladrón arrepentido hoy le suplicamos al Señor que se acuerde de nosotros en su Reino. La Iglesia es la casa que el Señor prepara para todos los desvalidos. A ella acudimos para alimentarnos con el Pan de la Palabra y de la Eucaristía. En ella encontramos la comunión de los santos que, como los mártires, testigos de la fe, de la esperanza y de la caridad, esperamos gozar en el país de la vida.

Grabemos este lugar sagrado en nuestra memoria y en nuestro corazón. Hagamos de él un jardín que nos recuerde el paraíso perdido. Que sea un lugar de peregrinación para todos, un santuario de reconciliación, de paz y de perdón. Los 134 beatificados por nuestra Madre la Iglesia católica, y cuyas reliquias se custodian en este lugar sagrado, son como 134 estrellas que brillan en el firmamento y que se unen a la Virgen María, Reina de los Mártires y Estrella de la Evangelización. En la oscuridad de este momento histórico y complejo por el que atraviesa España, ellos no dejarán de resplandecer para iluminar el camino de nuestra historia. Con ellos hoy queremos reavivar nuestra esperanza. Con ellos suplicamos *«Venga a nosotros tu Reino»*. Y con ellos, llenos de entusiasmo, os invito a proclamar juntos el Credo de nuestra fe.

La realeza de Cristo

Homilia de don Nicolás Echave, SDB, rector del templo expiatorio del Tibidabo en la solemnidad de Cristo Rey

FUE el 11 de diciembre de 1925, cuando, por su encíclica *Quas primas*, el papa Pío XI promulgaba la institución de la nueva festividad litúrgica de Cristo Rey que hoy celebramos. Lo hacía convencido de la importancia y actualidad del mensaje que dirigía y embargado por la profunda emoción de dirigirse a un mundo que volvía la espalda a Cristo, que se negaba a aceptar la luz de Dios. Recordaba a ese mundo que sólo acogiéndose al imperio salvador de Jesucristo podría hallar la vida, la salud y la paz verdaderas. Paz prometida por Jesucristo que no era sólo la espiritual de las almas, sino también la social y la internacional.

Reinado de Jesús que no se impone sino que se propone y es aceptado libremente por los hombres, como lo hace el buen ladrón cuyas palabras hemos escuchado en el Evangelio.

Es este el ideal de nuestra solemnidad. Un ideal que sigue vigente, que la Iglesia nos invita a desear y a esperar porque responde al plan de Dios. Un ideal que revela la enfermedad y mal de nuestro tiempo que sólo podrá ser curado con la aceptación voluntaria del reinado de Cristo.

No han cesado los últimos papas de denunciar el mal profundo que aqueja a nuestra sociedad: la pretensión de que Dios no es necesario, de que la Iglesia es una de tantas instituciones meramente humanas, de que se puede prescindir de la ley de Dios, y se pueden permitir los mayores abusos contra la ley natural.

Pero Pío XI recordaba que así como la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina y muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo es vida, salud y prosperidad para toda la sociedad. Dice el Papa: «Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían en todos los sectores de la sociedad civil; la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz.»

Para inculcar, pues, la importancia de esta aceptación social de la realeza de Cristo quiso instituir Pío XI la solemnidad litúrgica anual de Cristo Rey. La oportunidad y necesidad de esta fiesta, explicaba el pontífice, nace de la rebeldía de pueblos y gobiernos

que han expresado su rechazo a Cristo y a su Iglesia. Por eso exhortaba el Papa que: ante el clamor de «no queremos que Cristo reine sobre nosotros»; es necesario que los fieles, conscientemente respondan «es necesario que Cristo reine, venga a nosotros tu Reino»,

Así lo hicieron los mártires cristeros de México. De ellos lo aprendieron los mártires de la persecución religiosa en la guerra civil española que, caían con estas palabras en sus labios «Viva Cristo Rey».

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan, ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, por cuya falta la sociedad agoniza, cuyo anticipo es la escena de la cruz ante el buen ladrón que hemos escuchado.

Pero el verdadero fundamento de la trascendencia de esta solemnidad son las mismas palabras de Jesús a santa Margarita María en las que anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras que no entendía santa Margarita: «Reinaré a pesar de mis enemigos».

Y son los papas mismos, los que también parecen dejarse arrastrar por esta corriente de devoción y esperanza. Ya el papa León XIII en su encíclica *Annum Sacrum* señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del reinado de Jesucristo. Y Pío XI declara en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* que, al instituir la fiesta de Cristo Rey, no sólo proclamamos la realeza de Cristo, sino que además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al reinado suavísimo de Jesús.

Nuestra sociedad agoniza como lo hacía el buen ladrón del evangelio de hoy, y la Iglesia, Madre y Maestra, propone su ejemplo: «Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino».

Como aquel ladrón, también nosotros nos dirigimos al Señor implorando su Reino de misericordia y amor que colmará todas nuestras ansias, curará nuestras heridas y nos concederá transitar por caminos de reconciliación y de paz. Amén.



Mis recuerdos del padre Orlandis: acerca de su espíritu de cruzada*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

BUSCAD en todo la unidad», decía insistentemente el padre Orlandis. Por inspiración suya la revista CRISTIANDAD tituló una de sus secciones habituales con el lema *Plura ut unum*.

Me parece que puede ayudar a comprender el dinamismo unitario de sus actitudes de afirmación práctica de la «integridad» de la doctrina tradicional católica y de la certeza de la esperanza de «la culminación del Reino de Cristo en la tierra» la atención a su sentido de cruzada.

Mi convicción de la unidad vital entre su adhesión ferviente e incondicional al sistema de doctrina religioso-político-social «programa del Reino de Cristo», contenido en el magisterio pontificio, y su «convicción cierta» del cumplimiento del designio divino de instauración de todas las cosas en Cristo, se apoya ciertamente en mi experiencia personal de catorce años.

Pero la podré comunicar más eficazmente invitando a la lectura de lo que dejó escrito sobre «El sentido de cruzada en Íñigo de Loyola». En aquellos artículos, que escribió para CRISTIANDAD en relación con la *Cruzada internacional de oración y penitencia* que promovió en 1950 la Dirección General del Apostolado de la Oración, encontramos la clave de la perspectiva que el propio padre Orlandis inspiró a nuestra revista en el tema de las Cruzadas.

En aquel año 1950 artículos de Pablo López Castellote sobre «El primer emperador cruzado» (p. 132-134) o de Domingo Sanmartí Font sobre la «Pervivencia en España del espíritu de cruzada» (p. 187-189) ponen de manifiesto una convicción que ahora parece a muchos problemática.

La convicción del padre Orlandis sobre la licitud y la santidad de las guerras de cruzada ha sido sin duda la de la Iglesia. Ésta ha recordado en su liturgia muchas victorias liberadoras: fiestas como la de Nuestra Señora del Rosario, el 7 de octubre, la del Nombre de María, el 12 de septiembre, o la de la exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre, conmemoraban las victorias de Lepanto, en 1571, de Viena, en 1683, o la liberación de Jerusalén del dominio persa en el año 629.

Ha declarado doctores a santos, como san Bernardo de Claraval o san Lorenzo de Brindisi, que

* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 933, de abril de 2009.

exhortaron a los cristianos a luchas militares de reconquista de la Tierra Santa o de defensa del mundo cristiano ante la agresión del Imperio turco.

Los artículos aludidos del padre Orlandis, en un marco de encuadre histórico de la biografía de la juventud de Íñigo de Loyola, tienen el carácter explícito de una continuación, profundizadora en la perspectiva de las actitudes personales del santo, de sus estudios sobre los *Ejercicios*.

El padre Orlandis se propone a través de ellos penetrar en la intención de san Ignacio de Loyola en una de las meditaciones centrales de sus *Ejercicios*: aquella por la que «el llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal». Ciertamente el núcleo y objetivo final de aquella «meditación del Reino» es considerar «a Cristo nuestro Señor Rey Eterno y delante de Él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre...» (*Ejercicios*, n.º 95).

Pero, como ayuda a aquella contemplación de «la vida del Rey Eternal» san Ignacio propone una «parábola» sobre «el llamamiento del rey temporal». Leamos su texto íntegro:

«El primer punto es poner delante de mí un rey humano elegido de mano de Dios nuestro Señor; a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos.

»El segundo punto: mirar cómo este rey habla a todos los suyos, diciendo: “Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles. Por tanto quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc.: porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos”.

»Considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano; y, por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero» (*Ejercicios*, 92, 93, 94).

No han faltado entre los comentaristas de los *Ejercicios* de san Ignacio algunos que han visto como anecdótico y accidental a la contemplación de la vida del Rey eterno el ejemplo del rey humano y temporal cuyo designio es la conquista de la tierra de infieles.

En los artículos del padre Orlandis se da por supuesto algo que también le oí personalmente expresar: que la «analogía» entre este rey humano que llama a sus súbditos a una guerra de cruzada, y el Rey eterno, Cristo nuestro Señor, cuya voluntad es conquistar todo el mundo, es exigida para la comprensión auténtica de la meditación del Reino, clave de los mismos *Ejercicios espirituales*, junto con la de Dos Banderas: «una de Cristo, sumo capitán y Señor nuestro, y otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura».

La ambientación histórica de los artículos se dirige precisamente a hacer patentes los sentimientos e ideales personales de Íñigo de Loyola, para ayudar a comprender aquella analogía entre el rey temporal y humano y el Rey eterno, que para el padre Orlandis resultaba por lo demás teológicamente obvia.

«Siendo, como es evidente, el llamamiento del rey temporal la proclamación de una cruzada ideal, se ve claramente que el Santo experimenta en sí mismo que... lejos de serle estorbo para subir al conocimiento de Cristo y de su obra y al deseo de imitarle y de servirle y de amarle, le había ayudado positivamente a ello.

»Sin duda percibió la relación de analogía que existe entre lo uno y lo otro. Lo primero se desarrolla dentro de la órbita de lo natural, por más que la intervención manifiesta de Dios y la intención última de los que intervienen la hagan rozar con lo sobrenatural; lo segundo es todo en sí mismo sobrenatural.

»Entre lo natural y lo sobrenatural no se da semejanza estricta sino aquella manera de relación que los escolásticos denominan analogía» (CRISTIANDAD, núm. 149, 1 de junio de 1950, p. 262).

En la tarea formativa del padre Ramón Orlandis era tema central la responsabilidad del cristiano de asumir todas las realidades naturales y de trabajar por su ordenación al fin último sobrenatural del universo y de la vida cristiana.

Por lo mismo, distinguía en el orden mismo de las cosas naturales, de aquellas tareas legítimas y honestas cuyo fin intrínseco e inmediato era un bien de orden humano, natural, aquellas que denominaba «lo natural sobrenaturalizado».

Al ser asumidas con intención sobrenatural, las realidades humanas no son «desnaturalizadas», sino perfeccionadas en sí mismas. El ejemplo más grandioso de esto, que se apoya en el misterio de la divina dispensación, es el matrimonio, elevado a sacramento, que representa y significa la unión entre Cristo y su Iglesia, precisamente al ser restablecido en la perfección originaria en que había sido constituido en la creación del hombre.

La educación cristiana, misión esencial de los padres, y de la que participan los educadores en tantas obras fundadas en la Iglesia, contiene también esencialmente múltiples dimensiones de orden humano

y natural, emprendidas al servicio de la educación en la fe, y en concreto inseparables de ella.

Se ha de reconocer como una tarea natural sobrenaturalizada la filosofía cristiana, según el concepto expresado en las dos encíclicas pontificias dedicadas a la filosofía: la *Aeterni Patris*, y la reciente *Fides et ratio* de Juan Pablo II. También las tareas hoy llamadas de «inculturación de la fe» se contienen en su mayor parte en este ámbito de orientación de lo natural sobrenaturalizado.

Como afirmó Pío XII, los movimientos católicos surgidos en el mundo posterior a la Revolución francesa trataban de suplir «la bienhechora influencia de la unión entre la Iglesia y el Estado», que creaba como una atmósfera de espíritu cristiano. Así pues, el Estado católico, las monarquías cristianas y el Sacro Imperio habían sido, como tales sociedades políticas, una realidad sobrenaturalizada. Y lo fueron también las múltiples actividades en que se desplegaron aquellos movimientos: prensa católica, universidades y escuelas católicas, «partidos católicos» al servicio de la libertad de la Iglesia.

Montalembert, el gran dirigente del partido católico francés proclamaba hacia 1843, bajo la monarquía orleanista, en su campaña por la libertad de enseñanza, «nosotros somos los hijos de los cruzados».

El padre Orlandis veía también como actividad «natural sobrenaturalizada» las guerras de cruzada. He aquí lo que escribía sobre el contenido de la «parábola» ignaciana del llamamiento del rey temporal:

«Al pretender la conquista de toda la tierra de infieles no le mueve ambición ni voluntad de poder, sino celo y caridad. Caridad para con los cristianos cautivos, caridad para los que viven sujetos bajo el yugo injusto y tiránico de los infieles; caridad para los desgraciados infieles a los cuales sus tiránicos señores hacen gemir bajo la coyunda intolerable del despotismo y son injustamente por ellos impedidos para que no puedan abrazar la fe cristiana.

»La conquista, no hay remedio, se ha de hacer mediante una guerra. Esta guerra será justa... esta guerra será humana, cuanto pueda serlo la guerra... esta guerra será santa, porque siendo en sí misma justa será santificada por la intención religiosa que a ella mueve y por la bendición de la Iglesia, que no puede menos de bendecir aquello que con tantas veras ha pedido a los príncipes cristianos y con tanta fuerza de autoridad ha intimado.

»Por decirlo de una vez, esta guerra será una cruzada, una cruzada sin precedentes por el régimen que la guiará, por la unidad que la fortalecerá, por la totalidad que la hará invencible, por el espíritu que la sobrenaturalizará» (Ibíd., p. 260).

El padre Orlandis no interpretaba como algo unívoco la semejanza entre la empresa a que llama el rey temporal, y la vocación de Cristo «a conquis-

tar todo el mundo y todos los enemigos». Pero sí ciertamente afirmaba expresa y formalmente una verdadera analogía.

En un artículo posterior al que acabamos de citar, y bajo el título de *De cruzado temporal a cruzado espiritual* escribió:

«Para subir a la contemplación de la vida y misterios de Jesucristo... le sirvió a guisa de peldaño el sentido de cruzada que palpita en la parábola del rey temporal; y esto en virtud de la analogía que existe entre realidades espirituales o sobrenaturales de orden superior y realidades materiales o naturales de orden inferior.

»Esta analogía se da entre una guerra justa y de fin noble y elevado y la guerra espiritual a la cual nos llama Cristo contra los enemigos del alma: mundo, demonio y carne. Y ¿no será esta semejanza o proporción más próxima y señalada, cuando la guerra justa y noble queda, por la intención y por el fin, elevada hasta lo sobrenatural y religioso? ¿Y no es éste mi buen lector el caso de la cruzada?»

Pero el padre Orlandis, en el artículo que estamos citando (núm. 150, 15-VI-1950) no se detuvo en esta tan explícita formulación doctrinal. Podríamos decir que «enseñó todas sus cartas», y continuó escribiendo, dirigiéndose a su lector.

«Yo apelo a tu buen sentido. Entre un cristiano aburguesado, que se goza en su buena vida y en el confort, y un joven de temple patriótico e idealista, ¿a cuál escogerías, pensando humanamente, para llevarle a una vida de entrega total a Dios, de austeridad y heroísmo cristiano? Vamos a dar un paso más; supón que dicho joven no es solamente un patriota e idealista, sino que es uno de aquellos que, en el mes de julio de 1936, impelidos por el entusiasmo religioso, por el amor al prójimo y a la patria, sin titubeos ni cálculos, se alzaron en campaña con el espíritu de un auténtico cruzado, ¿qué no esperarías de él en la vida y en la lucha espiritual? ¡Ay!, que quizás a algunos de aquellos héroes debamos, tú el que puedas leer esto; yo, el que haya podido escribirlo».

* * *

Tratando de comprender en su intención unitaria las actitudes y tareas apostólicas del padre Orlandis, creo que podrían hacerse sobre ellas las siguientes precisiones.

En primer lugar: su apostolado en el orden de lo sobrenatural, en el orden de la «Cruzada espiritual», en el espíritu de la contemplación de san Ignacio sobre la vida del Rey eternal, tenía su núcleo en el mensaje de Amor misericordioso del Corazón de Jesús, inspirador de la «movilización» al servicio de su reinado en los hombres y en las sociedades.

A esto tendía su esfuerzo en impedir que las contaminaciones naturalistas y las minimizaciones hi-

pócritas, que sirven disimuladamente al «espíritu del mundo», hiciesen olvidar prácticamente a los cristianos de nuestro tiempo «la integridad de la doctrina tradicional católica» según expresión del Concilio Vaticano II sobre «el deber de los individuos y las sociedades hacia la religión y la única Iglesia de Cristo».

Las circunstancias del ambiente explican que su tarea en este orden de cosas, que él sentía, de acuerdo con el magisterio pontificio, como perteneciendo a la evangelización del Reino de Cristo por su amor, fuese incomprendida y descalificada con la acusación de integrismo.

En segundo lugar: era consciente de que aquel espíritu mundano distrae la atención de los católicos hacia los designios divinos de «la instauración en Cristo de todas las cosas, las celestes y las terrenas», y conduce a la renuncia práctica a su deber de «militar bajo las banderas de Cristo Rey y defender todos los derechos de Dios sobre los individuos y las sociedades», como había expresado Pío XI.

Toda su tarea de estudio y formación en la teología de la historia, se orientaba a mantener ferviente el deseo esperanzado del advenimiento del Reino en el mundo y del cumplimiento de la divina voluntad en la tierra como en el Cielo.

También las circunstancias del ambiente explican que este optimismo nuclear del que afirmaba deberían participar todos los cristianos, y a cuyo servicio se ordenaba aquel estudio de la teología de la historia, diese el pretexto a algunos a la descalificación de su pensamiento como milenarismo.

En tercer lugar: quería que se ordenasen a los fines de esta actividad apostólica, en su doble dimensión sobrenaturalista y de proclamación del reinado de Cristo en la sociedad, todas las diversas tareas, filosóficas, históricas, políticas, literarias o estéticas, que inspiró o aconsejó a sus discípulos en el ámbito de lo «natural sobrenaturalizado».

Expresión colectiva de estas tareas, orientadas por el ideal del Reino de Cristo por su Corazón, quiso que fuese la revista CRISTIANDAD, que él no fundó, sino que alentó e inspiró, y de la que tuvo siempre la convicción de que tenía que ser una obra de iniciativa laical, y que pudiese abarcar, con libertad de espíritu y desde la responsabilidad de sus redactores, todo aquello a que actualmente damos el nombre de «inculturación de la fe».

Una acción que nunca hubiese admitido que se intentase realizar por la atenuación del imperativo sobrenatural o según confusiones de planos que rebajasen el ideal del Reino de Cristo en el mundo, por la inmersión en las ideas, inmanentistas y antropocéntricas, que habían llevado al mundo actual al divorcio entre la fe y la cultura y la vida de los pueblos.

Cristo Rey*

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ SUÑÉ (†)

Año 1522: «Un rey humano...»

Si con la imaginación nos trasladamos a la ciudad de Manresa en una mañana de la primavera del año 1522, lo que más nos llamará la atención es ver por sus calles a un hombre de aspecto singular. Es de mediana estatura y joven, pero está demacrado; en el desaliño de sus cabellos de un rubio muy hermoso, y en el descuido de sus manos, que se adivina ser las de un caballero, se nota una marcada ausencia de vanidad; su rostro es atractivo y sus ojos, que centellean y taladran hasta los más profundos repliegues del espíritu, los recoge con tal modestia que edifica. Va vestido con un saco de peregrino que una cuerda ciñe a la cintura, y lleva un pie descalzo y el otro, ligeramente hinchado, calzado con una esparteña.

Como no nos atrevemos a dirigirnos a él, le preguntamos quién es a un niño¹ que nos contesta rápidamente y nos cuenta lo que es de dominio público en toda la ciudad: No saben bien quién sea, pero no se puede dudar de su gran nobleza y valor; una tarde que él venía con su madre por la carretera que baja de Montserrat, le encontraron hablando con unos alguaciles, que asombrados le preguntaban si era verdad que había dado a un pobre su riquísimo traje de gentilhomme, como éste aseguraba. Contestó que sí; y «le saltaron las lágrimas de los ojos de compasión del pobre porque entendió que le vejaban, pensando que los había hurtado». Es pues bien claro que se trata de un gran señor, que desde entonces vive en la ciudad pidiendo limosna, ayuna todos los días, hace siete horas de oración diarias, se levanta a media noche, se da grandes disciplinas, oye los divinos oficios con gran devoción y lágrimas, cuida los enfermos más repugnantes del hospital, y trata cosas espirituales con su madre y otras familias de Manresa que le favorecen. El ejemplo de aquella vida que todos ven, hace que le llamen el «home sant», y el atractivo para enamorar los corazones de los que le tratan y atraerlos a sí, lo emplea en ganar almas para Dios. Ha pedido a un tal Roviralt que le deje la cueva de su huerto para retirarse; ahora se dirige allí; es costumbre suya des-

de hace algunos días, y se pasa largas horas sin que nadie sepa lo que hace.

No dudamos de las palabras del niño, pero han excitado aún más nuestra curiosidad y no podemos resistir el deseo de seguirle.

Efectivamente, sale a las afueras y entra en una cueva de los ribazos que separan los bancales, donde están los huertos de la barranca del Cardoner. Esta cueva nos reserva una nueva sorpresa. Tan singular como el contraste que forman el vestido y las maneras del que nos ocupa, es el que forma aquel recinto tan rudo, destinado a guardar las herramientas con que el dueño del huerto entrecava sus hortalizas, con una escribanía completa, aparejada para escribir, un montón de cuartillas ya escritas, y un libro manuscrito, encuadernado muy «polidamente», puesto a un lado para consultar.

Una vez ha entrado en la cueva, caen las zarzas y malezas que deja crecer expresamente para mejor disimular su entrada, y vuelta la vista a Montserrat, sus labios dirigen una sentida plegaria a la soberana de aquel palacio, a la Virgen Morena, pidiéndole que le ayude en su empresa, puesto que la ha elegido como señora de sus pensamientos, desde la noche en que a sus plantas se armó caballero de Cristo. Después se recoge en profunda meditación; y cuando al levantarse va a continuar escribiendo en las cuartillas ya empezadas, su rostro está transfigurado. Indudablemente, una luz divina de trascendental importancia ha iluminado su espíritu y se dispone a trasladarla al papel.

Bien podemos acercarnos. Ya no dudamos que se trata de un santo, y por lo tanto, una de las riquísimas ofrendas que Dios hace a la humanidad, y como miembros de ella nos pertenece. Así pues, nos acercamos con cuidado para no interrumpirle, pero sin temor, porque escribe para nosotros. Sin dificultad seguimos también el vuelo de su pluma. Traza un panorama del mundo «... ciudades, villas y castillos...», pone a nuestra vista «un rey humano, elegido por la mano de Dios nuestro Señor, al que hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos...». Como elegido de la mano de Dios es «el más hermoso de los hijos de los hombres», resplandecen en Él todas las virtudes, su palabra persuade, su generosidad arrastra, convoca a los suyos en un lugar apacible y velando su soberana majestad con el amor les dice: «Mi voluntad es la de conquistar toda la tierra de infieles, por tanto, quien

* Artículo publicado en CRISTIANDAD, núm. 39, de 1 de noviembre de 1945.

1. Juan Pascual; estos y otros datos los declaró, ya adulto, en el proceso de canonización del santo.



quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc., así mismo, ha de trabajar como yo en el día y vigilar en la noche, etc., porque así tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos». Deja a la consideración del que lee, «lo que deben responder los buenos súbditos a un rey tan liberal y tan humano», y añade el anatema lógico: «si hay alguno que no aceptase la petición de un tal rey, sería digno de ser vuperado y tenido por perverso caballero».

* * *

Ya habrás adivinado, amigo lector, quién es el personaje singular al que hemos seguido, reconstruyendo imaginariamente las circunstancias que rodearon el momento en que empezó a escribir, en la bendita cueva de Manresa, la famosa meditación del libro de los *Ejercicios*, conocida con el nombre de «Llamamiento del rey temporal que ayuda a contemplar la vida del Rey eternal», y desde las primeras líneas habrás reconocido en él a san Ignacio de Loyola.

En este principio de meditación se revela además de su índole militar, y quizá precisamente por ella, la clarividencia con que enjuicia el momento histórico que vive el mundo.

«Un rey temporal al que obedecen todos los reyes y hombres cristianos» significa una coalición contra el enemigo común de todos ellos: los «infieles».

En el siglo XVI, se localizaba con el nombre de

«infieles» a todos los enemigos seculares de la Cristiandad; a los turcos que se habían apoderado hacía siglos de Tierra Santa cerrando su entrada a los cristianos. Las grandes empresas de las Cruzadas en la Edad Media, habían conseguido solamente el derecho a visitarla, pero continuaba bajo su dominio. Estos turcos son musulmanes que, como en los primeros tiempos de Mahoma, no recatan su propósito de conquistar para el islam toda la tierra, y son, sin hacer distinciones de raza, los moros que entraron en España cuya reconquista fue una cruzada ininterrumpida de ocho siglos.

Como la gesta española les ha cerrado definitivamente el camino de Occidente, vienen por Oriente. Han sido favorecidos por una serie de monarcas excepcionales y realizan con gran osadía y no menor éxito sus planes de conquista. Se han apoderado de los Balcanes; con la toma de Belgrado tienen abierto el camino hasta Buda y hasta Viena; y todo indica que el débil rey Luis II de Hungría no podrá resistir su arrollador empuje. Polonia tiene que hacer la paz en condiciones precarias. Venecia, en atención a los beneficios de su comercio, ha prescindido de escrúpulos y cierra tratos indistintamente con turcos y cristianos, pero en este momento precisamente, está en mejores relaciones con los turcos. Los caballeros de la isla de Rodas, que ha sufrido ya varios ataques, agotados y maltrechos, no podrán resistir el asalto definitivo que prepara Solimán el Magnífico, jefe supremo político y religioso de los «infieles»; y es evidente que la posesión de Rodas implicará el señorío del Mediterráneo oriental.

Entre tanto, ¿qué hacen los grandes reyes de la Europa occidental, que ya han vencido al feudalismo y son soberanos absolutos en sus estados?; prácticamente, tratan de ventilar intereses particulares y rivalidades personales.

¡Y son grandes reyes! Jamás monarca alguno ha dominado en tantos y tan variados países como Carlos V; tiene la herencia española que le da preponderancia en Italia; las tierras de Borgoña; los países hereditarios de los Habsburgos, y desde hace poco, la corona imperial ha ceñido su frente juvenil. En su solemne coronación juró defender la Cristiandad, pero constantes obstáculos le salen al paso.

Francisco I de Francia es dueño de un país rico y bien poblado, pero reducido y circunscrito a los límites nacionales; empujado por sus ambiciones y los deseos de expansión de su país, se entra por Navarra; prepara el ataque a Milán, alegando dudosos derechos de una abuela Visconti, y no sólo promueve abiertamente estas guerras a Carlos V, sino que intriga en el mismo corazón de Castilla alentando a los comuneros que van de mano con las revueltas germanías de Valencia; soborna a los

príncipes alemanes y favorece la reciente rebeldía de Lutero para crear dificultades al Rey español en el Imperio.

Enrique VIII de Inglaterra, con el estado próspero, alterna el juego político con sus aficiones literarias y teológicas; por una parte contrabalancea la rivalidad de Carlos V y Francisco I, y por otra, ayudado de sus obispos, escribe tratados en defensa de la Iglesia con el mismo empeño con que más tarde la perseguirá.

Así, aunque todos temen a los «infieles», la voz de los papas que da el alerta continuamente indicando dónde está el verdadero peligro, se pierde entre el estruendo de las armas que luchan en mil campos diferentes; las fuerzas se neutralizan y nunca se encuentra el momento de hacer frente al enemigo que amenaza a todos. Y los turcos avanzan. Su poder marítimo es imponente y sus conquistas territoriales se extienden como una mancha sobre el mapa de Europa.

San Ignacio ve el cuadro a lo vivo: los «infieles» formando un bloque compacto; un ejército con una sola idea, un solo mando y pertrechado con las armas más poderosas. Los cristianos divididos, anulándose, disputando neciamente una dignidad o unos palmos de territorio.

Tan claro como él lo ven muchos; por esto un «rey humano» como el que propone en su meditación, arrastraría millares de soldados que, anhelantes y llenos de esperanza, correrían a enrolarse bajo sus banderas, resucitando el entusiasmo de las Cruzadas, y estarían contentos de «vivir como él, comer como él y trabajar y vigilar»; pero estas condiciones, a la vista está, no las reúne ningún monarca de la tierra.

Esta realidad, este saludable desengaño, este momento psicológico, es el que aprovecha san Ignacio, que ahora ya no es militar; es apóstol y es santo. Ha trasladado al «rey humano» todos los rasgos de Jesucristo; ha hecho penetrar por los sentidos las excelencias de su realeza y su amor. Ahora elevará su espíritu a lo sobrenatural, y pondrá ante sus ojos el único ideal saciativo de todo corazón generoso.

La segunda parte de la meditación sigue de esta manera: «Aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal a Cristo nuestro Señor. Y si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, ¿cuánto es más digno de consideración ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante de Él a todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: “Mi voluntad es la de conquistar todo el mundo y a todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo porque siguiéndome en la pena, me ha de seguir también en la gloria”».

Es decir, lo que propone san Ignacio ya no es solamente detener a los turcos, a los «infieles», sino conquistarlos, a ellos y a todo el mundo para el Reino de Jesucristo.

Considerando además de esto las ganancias que pueden adquirirse siguiendo a este Rey y señor eterno, hay que reconocer que todos «los que tienen juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo, y los que más se querrán afectar y señalar en su servicio, no solamente ofrecerán sus personas, mas aún, haciendo contra su propia sensualidad y amor mundano» con «determinación deliberada y atendiendo sólo a que sea su servicio y alabanza, queriendo más imitarle y agradarle», ambicionarán un puesto en primera línea donde han de ser el blanco principal de las iras del enemigo, de sus injurias y vituperios, «para sufrir así toda pobreza y dolor» si su Majestad los quiere elegir para ocupar este lugar, puesto que estos trabajos temporales además del gozo por servir a tal Rey, prometen gloria y galardón eterno.

Año 1945: ¡Más que nunca CRISTO REY!

HE aquí que han pasado cuatro siglos desde que san Ignacio escribió lo que hemos transcrito, y al cabo de tanto tiempo, adquiere más que nunca un valor literal.

No hay duda de que aún en el sentido simbólico, el amor al Rey que expone a la consideración san Ignacio, ha producido grandes adalides del cristianismo y fuertes campeones de la Iglesia; pero como para Dios mil años son como un día, no es de extrañar que el fruto óptimo de la luz sobrenatural que le inspiró no se haya cogido aún, y esté todavía en un porvenir más o menos lejano, que dependa, en gran parte, del curso de los acontecimientos.

Desde luego, todos los cristianos saben que Jesucristo es Rey. «Para esto nací», le dice Él mismo sin ambages a Pilatos; implícitamente lo enseñan en seguida los apóstoles y los doctores de la Iglesia, y millones de mártires lo confirman con su sangre.

Pasa el tiempo, y el emperador Constantino pone la cruz sobre la corona de los reyes.

El imperio de Roma declina; de su disgregación se forman las naciones de la Europa cristiana que reconocen en Él el principio de su poder.

Llega el Renacimiento. Un gran cisma conmueve el régimen interior de la Iglesia, amenazando herirla en sus órganos vitales, mientras el alud del ejército turco la amenaza desde el exterior. Entonces el Señor enseña a san Ignacio «de la misma manera que un maestro enseña a un niño», pero con tal claridad «que si dudase de esto pensaría ofender a su Majestad»; y bajo esta enseñanza directa, porque el santo «era aún de grueso ingenio y sin letras» es-

cribe, entre otras, la meditación de Cristo Rey que ya conocemos.

Más tarde, este soberano Señor anuncia su triunfo y manifiesta a santa Margarita María en sus revelaciones, «que reinará a pesar de sus enemigos, y levantará su imperio sobre las ruinas del imperio de Satanás». La reacción de Satanás no se hace esperar mucho: entre los horrores de una revolución sangrienta lanza el señuelo de los derechos del hombre. Es una falacia; estos derechos por sí solos no pueden sostener la dignidad que corresponde al hombre, porque carecen de base sólida al romper, prácticamente, su conexión de dependencia con la divinidad.

Nos acercamos a nuestros tiempos. Tras la era de las revoluciones, a fines del siglo pasado, santa Teresita del Niño Jesús, en el retiro de su claustro de Lisieux, oye en su corazón la voz del Esposo de las vírgenes que «la llama a las conquistas más gloriosas; y entiende que su misión es coronar al Rey del Cielo y someterle el reinado de los corazones». Para cumplir esta misión pide al mismo Rey una legión de almas débiles e impotentes, incapaces de hacer nada por sí mismas, pero que reconozcan humildemente su impotencia y confíen en Él.

Casi en nuestros días, se da un paso decisivo: para contrarrestar la apostasía de las naciones, que ha favorecido y provoca la apostasía de las masas, la Iglesia ha proclamado a CRISTO REY, estableciendo su culto como a tal en toda la Cristiandad. ¿No parece esto dar explícitamente carácter oficial a la idea de san Ignacio?

Y llegamos al tiempo actual. Para nadie es un secreto que en el mundo se perfilan claramente dos campos ideológicos bien delimitados; dos tendencias que se excluyen mutuamente y se preparan a una lucha formidable y definitiva. Por una parte, el ateísmo insolente y audaz, con armas al lado de las cuales pueden considerarse juguetes de niños las cimitarras del islam, que tanto terror causaban a nuestros antepasados; y por otra, el renacimiento cristiano, armado de la fe y bajo la dirección de la Iglesia.

Ante eso, ¿cómo no volver los ojos hacia CRISTO REY, que por juntar a todas las excelencias del rey humano ideal su poder divino, constituye el ideal perfecto, no solamente de las avanzadas que forman el renacimiento cristiano, sino de todos los que tengan visión clara del peligro que ennegrece el horizonte, y estén desengañados de los medios humanos y semihumanos para conjurarlo?

¿No vemos que sin Él, estadistas, sociólogos, diplomáticos y políticos, aun animados de las mejores intenciones, se agotan en proyectos y discusiones estériles, mientras el peligro común nos empuja en su avance, y sus conquistas se extienden como una mancha sobre el mapa del mundo?

Mas, *sursum corda*; abramos el corazón a la esperanza. Esperemos el hecho sobrenaturalmente natural que acoplará los elementos que han de integrar el ejército que peleará bajo la bandera de CRISTO REY.

Es cierto que no podemos saber cómo se hará, porque los juicios de Dios son inescrutables y están sobre la razón humana; pero como indudablemente no están contra la razón, ¿por qué no intentar rastrearlos? Tenemos los datos de la historia, las palabras de Jesucristo, y las revelaciones de los santos; ¿no podemos pensar con cierta lógica cómo podría acoplarse este ejército?

San Ignacio como militar, parece que de un modo apropiado ha definido bien las condiciones de los que más se quieran señalar con sus servicios. Nos ha indicado además con toda claridad que todos tienen el camino abierto para ello, pues Cristo nuestro Señor llama a «todo el universo mundo y a cada uno en particular», pero hemos de reconocer que no todos están prontos a hacer «oblación de sí mismos» con alientos de mártir. Los que tal hicieran sin excluir edad, sexo ni condición, formarían como una especie de oficialidad, como si dijéramos los cuadros de mando, cuyo escalafón si apareciera de un modo visible, indudablemente alteraría muchas jerarquías establecidas.

Pero en este caso, ¿dónde está el grueso del ejército, las fuerzas de choque que muchas veces van empujadas y siempre necesitan dirección? ¿No serán éstas aquella legión de almas «pobres, débiles, miopes y enfermizas» que santa Teresita conduce al abrigo de la misericordia del Corazón amantísimo del Rey que ella ha de coronar?

Y esta legión, ¿no puede ser actualmente engrosada por el triste producto de nuestro siglo; la parte de la multitud errante, hambrienta, sin familia ni hogar, sin patria delimitada; las víctimas de la guerra que poseyendo únicamente la fe, vuelvan los ojos al único Rey, que tiene poder para convertir su misma impotencia en arma decisiva de victoria?

Lo que sí sabemos de un modo indudable es que el triunfo es cierto: lo anuncia por una parte el amplio renacimiento espiritual de que hemos hablado, y lo aseguran las palabras de Jesús, Cristo Rey, Dios omnipotente, al decir «que reinará a pesar de sus enemigos» y que «pasarán el cielo y la tierra, pero sus palabras no pasarán».

Es verdad que la lucha se presenta porfiada y tenaz; el renacimiento espiritual ha de luchar casi exclusivamente con la fe y la abnegación, contra la fuerza bruta de las bombas y tanques que auxilian la ideología del ejército contrario. Pero no importa: vencerá definitivamente la fe que vivifica, sobre el ateísmo que seca y mata el corazón; como vence la vida a la muerte y la luz a las tinieblas.

El reinado de Cristo en una sociedad secularizada*

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ (†)

UNA ojeada al programa nos muestra que el tema del «Reino de Cristo» solamente se trata directamente en esta lección. Personas más competentes –presentes en esta sala– podrían desarrollar mejor que yo este tema; pero, puesto que he sido encargado de su desarrollo, lo haré con mucho gusto.

No expondremos las razones o pruebas de la realeza de Cristo, sino que partiremos de ellas para entrar en el tema más específico, e incluso polémico, de relacionar el Reino de Cristo con lo que es su antinomia más completa: una sociedad secularizada.

Que Cristo es Rey, es una afirmación fundamental que encontramos en los salmos, en los profetas, en el Evangelio, en san Pablo y en el Apocalipsis. Buscar los textos que prueban la realeza de Cristo es, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como buscar agua en el mar. Recientemente, en la liturgia de la fiesta de san Miguel Arcángel, el Evangelio nos narra cómo Jesús viendo por primera vez a Natanael le dijo aquel elogio, seguido de aquella revelación que sorprendió tanto al futuro discípulo que le hizo exclamar: «Tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel». A la divinidad de Jesucristo unía el fiel israelita la realeza que le correspondía. Si escuchamos y leemos con atención los textos sagrados que la liturgia nos propone, encontraremos abundantemente la proclamación de que Cristo es Rey.

La lectura de la encíclica *Quas primas*, de la que celebramos este año el cincuenta aniversario, nos muestra un ramillete esencial de textos escogidos que versan sobre la realeza de Cristo. Pero, en la misma encíclica nos adoctrina Pío XI diciendo que Cristo es Rey en sentido propio y no meramente metafórico. Es decir, Cristo, como hombre, ha recibido del Padre toda potestad y dominio sobre toda nación. No se trata meramente de afirmar que puesto que Cristo es Dios le pertenece todo. Su realeza propia arranca de la promesa formal y explícita de que el Salvador del mundo, el Mesías, es no sólo el propio Hijo de Dios, sino también Rey de Israel, de la vara de Jesé, de la estirpe de David.

Esta realeza propia de Cristo es la que nos confi-

gura a nosotros como pueblo cristiano. A los cristianos de hoy, que estamos en el seno de la Iglesia católica el Concilio Vaticano II nos llama «Pueblo de Dios». Pero yo me pregunto: ¿qué se entiende por Pueblo de Dios? Si la realeza de Cristo sólo lo es en sentido figurado, nuestra constitución como pueblo no alcanza la misma dimensión y sentido que si Cristo es Rey, como hombre, en sentido propio. Ya el pueblo israelita anterior a la encarnación del Verbo de Dios fue constituido como tal pueblo en virtud de la promesa dada a Abraham. La consumación y plenitud de esta promesa no es otra sino Cristo mismo. Con mayor razón el pueblo cristiano de hoy es verdadero Pueblo de Dios, porque tiene la promesa de que un día Cristo Rey ejercerá todos sus derechos sobre su pueblo, que quedará, además, ensanchado reinando en todo el mundo sin excepción (prescindiendo de los rechazos particulares que pueda haber incluso entonces a su divina Persona).

Esta idea grandiosa no la hemos inventado los cristianos con el tiempo, aunque conviene mucho, en el tiempo actual, que la pensemos más a menudo y la meditemos con mayor profundidad, porque ella ha de engendrar nuestra esperanza. Pero ésta es una verdad de fe que, por lo mismo nos exige una doble actitud. Primero, proclamarlo a fin de que sea cada vez más conocido. Esto lo digo sobre todo a los que tienen el ministerio de la predicación como obligación fundamental. Segundo, hay que ser íntegro en esta proclamación, y no quedarse ni en minimalismos ni en construcciones inventadas por nosotros que desfigurarían el verdadero sentido de la promesa.

La urgencia de predicar el Reino de Cristo hoy se acentúa ante la presencia de errores cada vez más cercanos a nosotros que no son sino la reducción y desfiguración anticristiana de un mesianismo naturalista y racionalista, como el marxismo y toda especie de «socialismo cristiano».

Es obvio que si somos el pueblo salvado por Cristo no podemos encerrarnos, y menos complacernos en ello, en una especie de espíritu de elite que no atienda a la gran idea de que hay que salvar el mundo entero. Gracias a Dios el Apostolado de la Oración, cuyo lema es precisamente el más amplio, el advenimiento del Reino de Cristo, nunca ha tenido este espíritu de «selecta minoría» que desatiende el verdadero proyecto divino: es preciso que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

* Conferencia dada en Valladolid por José M.^a Petit Sullá en la Semana de Teología y Pastoral sobre el tema «El Corazón de Cristo en el mundo de hoy» (septiembre-octubre de 1975), publicada en *CRISTIANDAD*, núm. 542-543, de abril-mayo de 1976.

Cuando comprendemos la grandeza de la misión que Dios se ha propuesto sobre el género humano desconfiamos más de todo «método» y de toda solución que no sea la misma que Cristo nos ha propuesto. La salvación de todo el mundo, como nos dice el mismo pontífice Pío XI en la encíclica *Ubi arcano*, sólo podemos esperarla de la realeza de Cristo. El mundo estará perdido mientras espere su salvación por la cultura, por el progreso, por la ciencia o la técnica o la política.

El lema del Apostolado de la Oración, «venga a nosotros tu Reino», centra perfectamente cual es nuestra esperanza. Notemos que en esta petición, que es la primera del padrenuestro, no pedimos que nosotros vayamos a su Reino, aunque esto hemos también de pedirlo y en cierto modo es la consecuencia inmediata de aquella petición, pues también dijo Jesucristo que el Reino de Cristo ya está entre nosotros. Pero formal y explícitamente la oración que Cristo nos enseñó nos hace pedir que venga a nosotros el Reino que el Padre ha entregado al Hijo para que toda la tierra se configure como el pueblo de Dios. La aspiración, por tanto, suprema de todo cristiano es que este mundo se haga el Reino de Cristo. Esta «transformación» no supone la anulación de todas las realidades naturales sino, antes al contrario su perfección por la infusión de la gracia sobrenatural que Cristo trae sobre nosotros.

En un libro, escrito en 1898, sobre el reinado social de Cristo sobre el universo mundo, por don Antonio Martínez Sacristán, canónigo de la Catedral de Astorga, leemos como lema que preside esta obra estas palabras del Apocalipsis: «*Factum est Regnum huius mundi Domini nostri et Christi eius*» (Ap 11,15). La traducción de este fragmento, para quien no haya conocido ya su significado, puede ser esta: El Reino de este mundo ha sido hecho (ha venido a ser) de nuestro Señor y de su Cristo. En la abadía de Westminster, donde se coronan los reyes de Inglaterra, están también grabadas con letras de oro estas palabras, en latín, del Apocalipsis. Nada mejor que este texto expresa el ideal que debemos propugnar los cristianos, esto es, que esperamos que el Reino de Cristo venga sobre este nuestro mundo y se haga, se configure, por sus hechos y sus palabras, como Reino de Cristo.

El Reino de Cristo, que nos configura como pueblo de Dios, no es una superestructura «añadida» al reino natural, es decir a la comunidad política. Es el mismo reino de este mundo el que queda elevado a la dignidad de Pueblo de Dios, a la de Reino de Cristo.

La sociedad humana, incluso para ser plenamente tal, requiere inspirarse en principios teocráticos que tendrán su completo cumplimiento cuando los pueblos acepten que Cristo es verdadero Rey de todas las naciones. En efecto, el mismo Papa que ha-

bía instituido la fiesta de Cristo Rey, escribía poco después en la *Ubi arcano* que el mundo no conocerá la paz verdadera hasta que no acepte los derechos de Dios y de su Cristo sobre las naciones.

Sin embargo, la paz es propiamente un bien natural, una aspiración de todos los pueblos incluso paganos. Conviene, pues, reflexionar sobre este punto, porque nos aclarará el significado de la realeza de Cristo en relación con el estado actual de la sociedad.

Cuando Pío XI escribía que fuera del Reino de Cristo no habrá paz en el mundo expresaba, sin duda, una verdad de mayor profundidad de lo que acostumbramos a pensar. Significa nada menos que, siendo la paz el fin principal de la organización social, este bien político no puede obtenerse sin la aceptación de nuestra configuración como Reino de Cristo. Si el Príncipe de la Paz es rechazado, se apodera del mundo el padre de la discordia. La historia entera está configurada, incluso a nivel natural, por esta realidad trascendente. Fuera del Reino de Cristo, rechazando explícitamente la «conversión» hacia nuestro Soberano Salvador, la misma sociedad humana queda herida en su más elemental constitución como pueblo: la paz queda como tarea imposible.

En la mencionada encíclica *Quas primas*, escribe Pío XI, que «la Iglesia debe regir todos los pueblos». Ya casi no reconocemos este lenguaje, cuando hemos oído últimamente minimizar la misión de la Iglesia en el orden político. Y, sin embargo, esta encíclica no fue escrita en la Edad Media sino en 1925, esto es, en todos los sentidos, en nuestro tiempo. Más aún es para estos tiempos, los nuestros, para los que de un modo especial, van dirigidas estas palabras.

Mucho nos hemos confundido, con la idea sofisticada y malintencionada de que hay que saber «separar» el plano natural del sobrenatural. Estos planos hay que distinguirlos no para separarlos, sino para unirlos jerárquicamente. El fin último de la misión de la Iglesia es la salvación de los hombres, pero esta misión es irrealizable, por la misma realidad de la naturaleza humana, si la sociedad, como tal, no acepta este mensaje de salvación. Nada de lo que Dios quiere, incluida la salvación eterna, viola el orden natural creado por el mismo Dios. Todos nosotros hemos sido bautizados por deseo de nuestros padres, de los que hemos recibido después una constante educación cristiana, la cual sólo en el seno de una sociedad cristiana hubiera sido posible, por la necesaria intervención de la educación a un nivel que traspasa las posibilidades estrictamente paternas. Hemos sido privados de escándalos, que han protegido nuestra inocencia, por leyes justas emanadas de la autoridad, y, en definitiva, si ustedes lo piensan bien, siendo el hombre social por naturale-

za, no podría ni recibir, ni conservar, ni ejercer y cumplir sus deberes cristianos, en una sociedad que rechazara el sentido trascendente de nuestro ser y lo redujera a «ciudadanos» de una ciudad que no quiere saber nada con la Ciudad de Dios.

Con esto entramos de lleno en el tema de nuestra lección. El cristiano, frente a una sociedad secularizada, no puede adoptar otra actitud que la de recordar, con Pío XI, que la fiesta de Cristo Rey se instituyó precisamente porque «estos tiempos en que el laicismo está inficionando la sociedad, exigen que proclamemos más y más la realeza de Cristo». A los cincuenta años de la proclamación de estas palabras, nuestra situación ha empeorado, ciertamente, y no por otra razón, sino por la desatención de estas palabras del Romano Pontífice, el cual escribía en la *Quas primas*: «Si mandamos que Cristo Rey sea reverenciado por todos los católicos, por lo mismo, habremos mirado por la necesidad de estos tiempos, habremos aplicado un remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad».

¿Cuál es la peste que ha inficionado la sociedad? El mismo Pontífice lo aclara al proseguir: «Nos referimos al que llaman laicismo, peste de nuestros tiempos, a sus errores y malvadas tendencias, el cual crimen por cierto, venerables Hermanos, sabéis que no maduró en un solo día, como quiera que hacía ya tiempo que estaba latente en nuestra sociedad, en sus entrañas». Y conviene todavía seguir, en las breves y apretadas palabras del Papa, cual ha sido el curso de este laicismo: «Comenzó a negarse la soberanía de Cristo sobre todas las gentes, negóse lo que brota del mismo derecho de Cristo, es decir, el derecho de la Iglesia de enseñar al género humano, de dar leyes, de regir los pueblos que han de ser llevados a la eterna felicidad».

Para cumplir la misión de llevar los pueblos a la eterna felicidad, la Iglesia pide que le sea reconocido el derecho de «regir los pueblos», y de modo especial el derecho a enseñar al género humano. Ahora bien, ésta es la misión principal de la Iglesia y no un «complemento» deseable aunque no esencial. Es una exigencia del derecho de Cristo en tanto que es el Rey del universo, y es también la única garantía de nuestra salvación y, lo que es más desconocido, la prenda segura de nuestra constitución como pueblo pacífico.

La situación actual no ha variado en nada esencial, tan sólo han aumentado los males, anunciados por los pontífices reiteradamente, como consecuencia de la sucesiva penetración del laicismo en todas las esferas de la sociedad. El laicismo ha penetrado ahora en la familia, en la escuela, en la calle, en los espectáculos, en la literatura, en el arte y, en fin, en todo cuanto atañe a la vida del hombre.

Pero, el laicismo no es otra cosa que lo que hoy llamamos la secularización. Aunque la palabra tie-

ne diferente raíz, siempre se ha aplicado indistintamente: laico o secular significa lo que no está referido a Dios sino al mundo. De ahí que la situación actual de la Iglesia sea mucho más grave de lo que podemos pensar, pues, como lo escribía Pío XI en la *Quas primas*, a continuación del texto antes citado, «se equiparó poco a poco la religión de Cristo con las falsas y se la colocó muy indecorosamente en el mismo plano. A continuación se la sometió al poder civil y se la expuso casi por completo al capricho de los príncipes y magistrados».

No hay que hacerse ninguna ilusión sobre las verdaderas intenciones secularizadoras. La supuesta indiferencia del mundo por Cristo es solo una etapa de su progreso hacia el odio con que la mira hasta someterla al capricho de los poderes temporales. Esta es la verdadera historia que preside las relaciones entre lo que se llama «la Iglesia y el Estado».

El dilema real no puede ser expresado en términos sociológicos, que no expresan la tremenda lucha entre el Rey celestial y el ahora Príncipe de este mundo. Una sociedad secularizada no es una sociedad «indiferente» que no se entromete en la religión. O la Iglesia rige a los pueblos o éstos dominan a la Iglesia expulsando el solo nombre de Cristo de su seno. De ahí que tengamos todavía que recordar otro fragmento de la citada encíclica, para entender la tarea a la que somos llamados cuantos sentimos la ineludible necesidad de propagar el Reino de Cristo. «Con cuanto más indigno silencio —leemos en la *Quas primas*— se omite el nombre de nuestro Redentor en las asambleas internacionales y en los parlamentos, tanto más alto conviene que se proclame y que se afirmen más extensamente los derechos de la realeza y poder de Cristo».

Los derechos de la realeza y poder de Cristo han de ser hoy, según la indicación del Papa, más proclamados que nunca, pues es mayor el silencio que rodea a nuestro Redentor en las cuestiones políticas nacionales e internacionales. De no hacerlo así la humanidad inventará sus propias religiones anticristianas. El mundo actual está dividido entre el comunismo y el positivismo. El carácter «religioso» del comunismo ha sido notado por Toynbee. En efecto, el sistema marxista es algo más que un sistema político, pues abarca todo el sistema de las concepciones, desde la familia hasta el trabajo, la diversión, el arte e incluso el anhelo espiritual del hombre. Sobre todas estas cuestiones el comunismo dice lo que hay que pensar, lo que hay que sentir y lo que hay que hacer. La religión de la humanidad que instituyó el positivismo es, en nuestro mundo occidental, la sustitución de toda idea de Dios trascendente, de toda idea de vida futura personal y pone en las relaciones sociales el carácter de lo «sagrado» que niega, a su vez, para lo que llaman las «antiguas formas de religión».

Si por sociedad secularizada entendiéramos indiferencia y libertad de cultos estaríamos completamente equivocados. En una tal sociedad, como lo dijo Pío XI, la religión de Cristo será dominada y sometida al servicio de religiones políticas de inspiración satánica.

Ciertamente, deberíamos pensar la oración del padrenuestro en el sentido de la traducción más literal con que la encontramos en el Evangelio de san Mateo «no nos pongas en la tentación» porque, en efecto, estamos tentando a Dios si creemos que podremos conservar la fe en un mundo descristianizado en el que sólo se nos ofrecen incitaciones a la mundanidad en todos los sentidos, ¿conservarán la fe nuestros hijos si asisten a una escuela anticristiana, si escuchan mayoritariamente desfiguraciones racionalistas del contenido de la religión, si se ponen a su alcance un cúmulo de obras de teatro, de películas cuyo contenido es esencialmente anticristiano? Muchos son los que están naufragando en su fe en este tiempo y muchos son, desgraciadamente, los que lo harán a no ser que muy humildemente oremos repitiendo con Cristo «no nos pongas en tentación», es decir, «venga a nosotros tu Reino».

En efecto, no basta una buena pedagogía, unos padres responsables, una escuela y un cine católicos. Necesitamos instaurar todas las cosas en Cristo según el lema de san Pío X. Este lema es el único que está en proporción con los males que aquejan a nuestro mundo secularizado, porque es el único que es su antítesis radical. De nada servirán las medias tintas y las vanas ilusiones que no tienen en cuenta la magnitud de lo que se nos echa encima. La conci-

liación del reinado de Cristo con una sociedad secularizada supone la incomprensión total de tres factores: primero, del sentido de que Dios es un Dios celoso; segundo, de cual es la naturaleza humana, eminentemente social; y, el tercero, de lo que significa realmente una sociedad secularizada que quiere «superar» la religión revelada como perteneciente a la «infancia» de su desarrollo.

Finalmente, también deberíamos atender a la traducción literal de la oración del padrenuestro que Cristo nos enseñó. Apartados de toda tentación le pedimos finalmente «líbranos del malvado». Porque, en efecto, no ha de librarnos Dios de cualquier mal, sino ante todo y sobre todo del que es inspirador de todo mal, del homicida, Padre de la Mentira, príncipe de este mundo.

Los protagonistas de la historia, y ello no supone en absoluto ningún tipo de maniqueísmo, son el Príncipe de la Paz y el Padre de la Mentira. Esto no es maniqueísmo puesto que Satanás, a quien tanto se refiere Cristo en el Evangelio no es más que un ángel caído, que odia a Dios y envidia a los hombres. Pero, en este tiempo, el diablo anda suelto buscando la perdición de los hombres. En la esperanza en que cuando Cristo reine en todo el mundo será encadenado, como dice el Apocalipsis, luchemos esperanzados para que a nuestra sociedad secularizada siga la sociedad fiel a Cristo. Para ello pedimos el advenimiento de su reinado que, si ha de conciliar todas las dimensiones de la vida humana, ahora tan oprimidas, no ha de conciliar, como insensatamente creen algunos, el bien con el mal, la verdad con el error, la unidad de Cristo con la pluralidad de los falsos mesianismos.

LA ACEPTACIÓN DEL REINADO DE CRISTO, FUENTE DE PAZ Y CONCORDIA

En lo que se refiere a la concordia y a la paz, es evidente que, cuanto más vasto es el reino y con mayor amplitud abraza al género humano, tanto más se arraiga en la conciencia de los hombres el vínculo de fraternidad que los une. Esta convicción, así como aleja y disipa los conflictos frecuentes, así también endulza y disminuye sus amarguras. Y si el Reino de Cristo abrazase de hecho a todos los hombres, como los abraza de derecho, ¿por qué no habríamos de esperar aquella paz que el Rey pacífico trajo a la tierra, aquel Rey que vino para reconciliar todas las cosas; que no vino a que le sirviesen, sino a servir; que siendo el Señor de todos, se hizo a sí mismo ejemplo de humildad y estableció como ley principal esta virtud, unida con el mandato de la caridad; que, finalmente dijo: «Mi yugo es suave y mi carga es ligera».

¡Oh, qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo! Entonces verdaderamente –diremos con las mismas palabras que nuestro predecesor León XIII dirigió hace veinticinco años a todos los obispos del orbe católico–, entonces se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

Pío XI: encíclica *Quas primas*

El jubileo de la Redención (1933) y el santuario de Lourdes

GUILLERMO PONS PONS

EN Navidad del año 1932 el papa Pío XI sorprendió a la Iglesia con un anuncio inesperado, cual fue la celebración de un Año Santo o jubileo extraordinario con motivo de cumplirse los diecinueve siglos del misterio de la redención del género humano obrada por Cristo. Este año jubilar, sin embargo, se diferenciaría de los años santos que se celebran en Roma cada veinticinco años. No se abriría la Puerta Santa por Navidad, como era costumbre, sino el domingo de Pasión del año 1933 y este año jubilar se clausuraría el lunes de Pasión del año 1934. Eran, en efecto, las fechas más adaptadas al recuerdo de la muerte redentora de Jesucristo.

Pío XI era muy consciente de las dificultades que iba atravesando la Iglesia en los años de su pontificado. Era la época que se conoce como de «entre guerras». Desde hacía ya varios siglos, el mundo se iba alejando de Dios, tratando de negar validez a la revelación divina y, en consecuencia, abriendo las puertas a la violencia y a la siempre creciente laxitud en la moralidad. Se iba descuidando la atención a las raíces cristianas de una antigua civilización que con esfuerzo había sido evangelizada a lo largo de siglos. El Santo Padre, de acuerdo con el lema de su pontificado: «Instaurar todas las cosas en Cristo» (*Instaurare omnia in Christo*), quería que el jubileo de la Redención significara un retorno de la sociedad hacia la doctrina y la persona divina de Cristo. Sintiendo que ya se le iban disminuyendo las fuerzas corporales y que su salud se iba deteriorando, anhelaba de todo corazón, y con la ayuda de la Acción Católica que él había procurado organizar y fortalecer, promover una renovación en la vivencia de la fe, una implantación de la justicia en oposición a las constantes luchas sociales, así como alcanzar en consecuencia el precioso don de la paz mundial, fuertemente amenazada.

El santuario de Lourdes, por varios motivos, estaba destinado a destacar en el transcurso de este Año Santo. La Virgen María que, firme en la fe y en la esperanza, estuvo al pie de la cruz de Cristo, no podía ser olvidada en el año dedicado a la memoria de la Redención. Además se cumplía el setenta y cinco aniversario de las apariciones de la Virgen a Bernardita Soubirous en la gruta de Lourdes.

Desde muy antiguo, los santos prestaron una muy delicada atención a la presencia de María en el Calvario. En el siglo XII san Amadeo, obispo de Lausana,

en una de sus homilias marianas lo expresaba así: «María corrió en pos de Jesús, no sólo tras el aroma de sus perfumes, sino también tras la profusión de sus dolores; participó no sólo en el gozo de las consolaciones, sino también en la abundancia de sus sufrimientos. Ella era la madre que contemplaba al verdadero Salomón [Cristo] adornado con la diadema con que le había coronado; y ella misma iba en seguimiento suyo, coronada con la corona de la tribulación».¹

El Concilio Vaticano II, tres decenios después, expondría con luminosa claridad la misión de María en el misterio de la Redención, diciendo: «La bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cf. Jn 19,25), se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por ella misma, y por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús moribundo en la cruz, con estas palabras: *¡Madre, he ahí a tu hijo!*»²

Examinaremos a continuación algunas noticias acerca de los acontecimientos que hacen referencia a la mariofanía de Lourdes y especialmente a la niña escogida providencialmente como confidente de la Virgen. Ella había de ser canonizada en Roma precisamente en el transcurso del jubileo de la Redención.

La vidente de Lourdes

ES muy conocida la historia de las apariciones de la Virgen en Lourdes, pero lo es mucho menos la trayectoria vital de Bernadette Soubirous, la muchacha que fue escogida para transmitir el mensaje de María. Ella fue depositaria de unos secretos que nunca desveló. Seguramente se trataba de algo muy personal, a diferencia del «secreto de Fátima». Lo cierto es que la vidente de Lourdes se caracterizó por ser muy discreta y reservada.

1. AMADEO DE LAUSANA, *Ocho homilias marianas*, BAC minor 92, Madrid 2003, p. 61.

2. *Lumen gentium* 58.

Quizá para que no se produjeran situaciones desfavorables, como había pasado en otros casos anteriores de apariciones, al ingresar ella en la congregación religiosa de las Hermanas de la Caridad de Nevers, ninguna de sus compañeras de noviciado sabían que María Bernarda fuera la que había visto a la Virgen en Lourdes, cuando ya la fama de los hechos corría por Francia y otros países.

La sencillez y la sinceridad eran lo que más caracterizaba a la joven nacida en la hasta entonces poco conocida población de Lourdes situada en las estribaciones de los Pirineos franceses. Un caso de su infancia que nos revela cómo era ella de sincera y veraz es el de que un día comunicó a su padre que algunas de las ovejas que tenía a su cuidado mostraban una mancha verde en la espalda. El hombre a modo de broma le contestó que esto sería debido a la mucha hierba que estos animales habían comido y que posiblemente morirían a causa de la enfermedad. Ella se echó a llorar desconsolada y entonces el padre le explicó que las manchas se las había puesto un tratante de ganado. Después ella le contó

el caso a una amiga, y ésta, extrañada de tanta candidez, le comentó que no entendía cómo había en ella tanta candidez. Entonces Bernardita le dijo: «Yo no he mentado jamás, y por eso no podía comprender que no fuera verdad lo que decía mi padre».

La sinceridad fue una constante en su vida y, como pudo comprobarse en los múltiples interrogatorios a que se la sometió, nunca hubo contradicción alguna por su parte. Nadie de los que la conocían a fondo pudo nunca dudar de que ella era sincera y veraz en todo cuanto afirmaba acerca de las apariciones de la Señora que se le manifestaba en la Gruta. Fue muy fiel transmisora del mensaje de la Virgen destinado al mundo entero.

Al ingresar en el convento de Nevers se manifestó muy hábil, atenta y amable en el cuidado de los enfermos del hospital, encargo que realizaba con especial satisfacción personal. También resultó muy diestra en las labores de bordados, como puede comprobarse con las ropas destinadas a los bautizos de sus sobrinos que ella enviaba a sus familiares y que aún actualmente se muestran en la vivienda familiar, la *Maison Paternelle*, que se puede visitar en Lourdes. Pero a no tardar hubo de cesar ella en muchas de estas ocupaciones, a causa de ponerse en-

ferma y quedar muy condicionada por su precaria salud corporal. La Virgen misma en la quinta de sus apariciones de alguna manera se lo había pronosticado al decirle: «No te prometo hacerte feliz aquí en la tierra, sino en el Cielo».

Un distinguido escritor francés, Enrique Lasserre, hacia 1869, visitó a sor María Bernarda en Nevers y dejó escritos estos recuerdos: «Ha tomado el velo en las Hermanas de la Caridad y de la instrucción cristiana de Nevers. Llámase la hermana María Bernarda. Poco ha que la vimos, con su hábito de religiosa, en la casa matriz de dicha congregación, y pudimos observar que aunque hoy tiene ya veinticinco años, ha conservado su fisonomía el carácter y la gracia de la infancia. Tiene un encanto incomparable, un encanto que no es de este mundo y que eleva el alma hacia las regiones celestiales. [...] La concurrencia de las muchedumbres y el entusiasmo de los pueblos no han turbado su alma, lo mismo que el agua de un torrente no alteraría, bañándole una hora o un siglo, la imperecedera pureza del diamante.



te. Dios la visita todavía; no ya por medio de radiantes apariciones, sino con la sagrada prueba del sufrimiento. Suele estar enferma con frecuencia y padece crueles torturas que soporta con dulce y casi alegre resignación».³

Bernardita pasó de esta vida a la gloria eterna el 16 de abril, miércoles de la semana de Pascua, de 1879. Mirando una imagen de la Virgen exclamó: «La he visto, la he visto... ¡Qué hermosa era y cómo deseo volver a verla de nuevo!». Veintiún años antes en ese mismo día se había realizado el «milagro del cirio», cuya llama había estado largo tiempo en contacto con la mano de la niña, sin quemarla ni dañarla.⁴ Así también los sufrimientos no habían podido dañar su alma en la que siempre se mantuvo viva la luz de la fe, este don precioso del Señor, «la fe que nos abre el camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia».⁵

3. ENRIQUE LASSERRE, *Nuestra Señora de Lourdes*, París 1897, pp. 438-439.

4. J. M. DESVERN, *El libro de Lourdes*, Aries, Barcelona 1957, p. 92.

5. Encíclica *Lumen fidei*, 8.

Canonización de santa María Bernarda

EN el marco del jubileo romano de la Redención y en el decurso del año del setenta y cinco aniversario de la mariofanía de Lourdes se realizó la canonización de Bernadette, y no podía haberse escogido una fecha más sugestiva, el 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción de María.

El párroco de Lourdes en tiempo de las apariciones había insistido en que la vidente preguntara a la Señora que se le aparecía que se dignara comunicarle quién era ella. Por fin, la Virgen el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, de 1858 dice a la pequeña: «Yo soy la Inmaculada Concepción» y sonriente desaparece. Se lo había dicho en el dialecto que hablaba Bernadette, el *patois* de la región: *Que soy era Inmaculada Concepciou*. Ella no entendió el significado de las palabras y para no olvidarlas las iba repitiendo mientras se dirigía a la casa del sacerdote. Ella no tenía conocimiento del misterio definido como dogma por el beato Pío IX en 1854, mientras que el párroco quedó con ello plenamente convencido de los hechos sobrenaturales que estaban ocurriendo en su parroquia. Fue un inenarrable gozo para la Iglesia la canonización de Bernardita en un día tan señalado.

Por la crónica de un periodista español podemos conocer interesantes noticias relativas a la espléndida solemnidad con la que se realizó en Roma la proclamación de la santidad de la vidente de Lourdes. Participaron en la celebración más de cincuenta mil personas, según este enviado por el diario *ABC*, unas doce mil provenían de Francia, España, Bélgica, Inglaterra y Checoslovaquia. Y el cronista añade: «A las ocho de la mañana ofrecía la basílica un aspecto deslumbrador, por la espléndida iluminación y la profusión de adornos. Ya entonces se puede decir que no cabía nadie más en las amplias naves del templo. Entre los asistentes figuraba Federico Cristián de Sajonia, veinte parientes de la nueva santa, representantes de las órdenes religiosas, en especial de la de la beata Soubirous, y el Cuerpo diplomático en pleno, que ocupaba una tribuna especial. También asistían los Caballeros de la Orden de Malta y de la del Santo Sepulcro».

A las nueve entró el papa Pío XI en la silla gestatoria. «En el cortejo figuraba un magnífico estandarte, en el que por una cara se representaba la aparición de la Virgen en la gruta de Lourdes a la santa, y por la otra cara a María Bernarda en oración en el monasterio de Nevers». La proclamación de la nueva santa se realizó según el ritual acostumbrado. «La muchedumbre, que había escuchado las palabras del Papa en medio de un silencio absoluto, prorrumpió en aplausos y aclamaciones». En este

momento mientras se cantaba el *Te-Deum* todas las campanas de Roma fueron echadas al vuelo. El tapiz con la figura de la santa no se colocó, como era costumbre, en la llamada «Gloria de Bernini» situada en el ábside de la basílica, sino sobre la puerta principal, debido a que en la plaza había muchas personas que por falta de espacio no habían podido estar dentro del templo⁶. El Santo Padre en la homilía de la misa se refirió, como es lógico, al misterio de la Inmaculada Concepción, pero sin olvidarse de la humildad característica de la nueva santa «hija de unos pobres molineros, que por toda riqueza poseía solamente el candor de su alma exquisita».⁷

Lourdes y Banneux

EN 1933 un dominico belga, el padre Liekens, residente en Bruselas, manifestó que unos veinte años antes había leído en una revista mariana una especie de anuncio profético en el que se decía que al celebrarse los setenta y cinco años de las apariciones de Lourdes la Virgen se manifestaría en una localidad no lejos de las fronteras de Francia. Efectivamente, en ese año la Virgen se apareció en Bélgica a una niña llamada Mariette, de una familia humilde de la pequeña población minera de Banneux.

Mariette era la mayor de siete hermanos de una familia obrera que se apellidaba Beco-Wagimont. El 15 de enero de 1933 esta niña contempló sobre la oscuridad del cielo una luminosa figura de la Virgen. En otras apariciones, ocho en total, la Señora se le acercó y le comunicó de forma sencilla unos mensajes que la niña pudo comunicar a las personas de la región. Entre otras cosas, le dijo: «Yo soy la Virgen de los Pobres» y también: «Yo soy la Madre del Salvador, la Madre de Dios. Rezad mucho». Además con mucha delicadeza le sugirió: «Yo desearía una pequeña capilla». Así se hizo construyéndose una pequeña iglesia cubierta con un techo de pizarra, a la cual siempre ha acudido gente en peregrinación.⁸

Durante la segunda guerra mundial el pueblo de Banneux se vio libre de bombardeos, por lo cual el pueblo solicitó que el nombre completo y oficial de la villa fuera *Banneux Notre-Dame*. Las frecuentes mariofanías que se han ido produciendo en los últimos tiempos, marcados por procesos de descristia-

6. *ABC*, 10 de diciembre de 1933, pp. 51-52.

7. LAMBERTO DE ECHEVERRÍA, «Santa María Bernarda Soubirous», *Año cristiano*, I, BAC 182, Madrid 1959, p. 389.

8. YVES CHIRON, *Enquête sur les apparitions de la Vierge*, Perrin, Mame 2004, pp. 262-264.

nización, vienen a poner de relieve cómo son los sentimientos maternales de María, acerca de la cual el Concilio Vaticano II ha dicho: «Una vez recibida en los Cielos, María no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz».⁹

Finaliza el jubileo universal de la Redención

COMO era costumbre, el Año Santo de la Redención después de haberse celebrado en Roma (1933-1934) se extendió después a toda la Iglesia y Pío XI dispuso que su solemne conclusión se celebrara en Lourdes con un solemne triduo. El episcopado francés solicitó que el Papa designara un legado pontificio que asistiera a estas celebraciones. Como tal fue nombrado el Secretario de Estado cardenal Eugenio Pacelli, el futuro Pío XII, el cual fue honoríficamente recibido en la frontera de Ventimiglia por una representación del Gobierno francés y a lo largo del viaje en tren recibió muestras de cortesía y entusiasmo. Se reunieron en Lourdes un centenar de prelados y una enorme multitud de peregrinos de muy diversos países. El fervor de los peregrinos fue impresionante. El reportero del diario *ABC* escribía: «Como la noche amenaza ser muy fría, la basílica permanecerá abierta toda la noche para que puedan descansar los peregrinos, muchos de los cuales no han dormido desde hace dos días».¹⁰ El domingo de la octava de Pascua, 28 de abril, el cardenal Pacelli celebró la solemne misa pontifical destacando que el Papa había manifestado la importancia de la plegaria y el sacrificio a favor de la paz. En su homilía el legado destacó el mensaje de Lourdes y el ejemplo de santa María Bernarda Soubirous. He aquí algunos párrafos de este elocuente sermón:

«La Virgen Inmaculada, Reina de la Paz, descendiendo a la tierra aquí, en este rincón perdido de los Pirineos. Viene a Bernadette, le hace su confidente,

su colaboradora, el instrumento de su ternura maternal y de la omnipotencia misericordiosa de su Hijo para restaurar de nuevo el mundo en Cristo, para una nueva e incomparable expansión de su obra redentora, para liberar no sólo a su patria, sino al mundo entero, de una esclavitud que no es menos onerosa y humillante que la del yugo extranjero, para redimirnos de la esclavitud de la carne tiránica y enfermiza, de la razón impotente y altanera, del corazón huero y escéptico».

«¿Con qué armas, gran Dios, y con qué mandato? Ella la pobre y pequeña hija de los Soubirous, tiene que gritar a este mundo vano y sensual: ¡Oración, penitencia, penitencia!».

«¡Calla, Bernardita, calla! Te hemos oído. Te hemos entendido. En este grito de penitencia, penitencia, penitencia resuena aquel otro de cruz, cruz, cruz. Tú eres la mensajera de María y de Cristo, que nos enseñó que es indigno quien no toma la cruz y le sigue. También tú llevarás tu cruz. La Virgen Inmaculada, que sabe de padecimientos, no te prometió la dicha en este mundo de aquí abajo. También tu vida será un camino cubierto de sufrimientos, de toda clase de padecimientos del cuerpo, del alma y del corazón. Como la pastorcita de Domrémy (Juana de Arco), también tendrás tu martirio, pues oyes la voz del Cielo que te llama. También tú, pastorcita de Lourdes, entrarás en la historia de Francia, en la historia de la Iglesia, en la historia de la Redención, en la gloria del Cielo».¹¹

El parangón entre Juana de Arco y Bernadette Soubirous era muy llamativo para el pueblo francés, ante los procesos de disolución de la patria y de la civilización cristiana. El legado pontificio en una de sus intervenciones ante las autoridades había dicho: «Las fiestas de Lourdes contribuirán al resurgimiento general de las voluntades y de las conciencias para una obra de concordia y de paz».¹² La Iglesia no olvidaba aquella certera frase de fe que dejó escrita san Agustín: «La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios».¹³

11. SOR PASCALINA LEHNERT, *Al servicio de Pío XII*, BAC popular 59, p. 66.

12. *La Vanguardia* (Barcelona) 28 de abril de 1935, p. 28.

13. *La Ciudad de Dios*, XVIII, 51, 2: BAC 172, 528-529.

9. *Lumen gentium*, 62.

10. *ABC*, 28 de abril de 1935, p. 33.





AÑO DE LA FE 2012
2013

Una historia de conversión

Mark Droguin*

Encontramos la plenitud del judaísmo en la Iglesia católica. Estamos orgullosos de profesar la fe católica. Y estamos orgullosos de anunciar que somos aún más judíos ahora de lo que lo éramos antes de ser católicos. Confesamos que hemos encontrado la plenitud del judaísmo y seguimos siendo judíos.

El tema del Santo Padre para el gran jubileo del año 2000 era la conversión. Hizo un llamamiento a todas las personas para convertirse de nuevo a Dios. Moisés y los profetas hebreos repetidamente exhortaron al Pueblo de Dios a la conversión. «Convertir» significa simplemente dar la vuelta. Todos estamos en proceso de conversión.

Nuestra fe en Jesús nos exige proclamar que Él es el Mesías y que ha venido a ofrecer la salvación a todos. Nuestro trabajo consiste en proclamar esta Buena Noticia. Tarea de Dios es convertir a la gente.

Mi conversión no termina con el bautismo. Más bien, mi conversión es una continua lucha diaria. Para cualquiera, la conversión al catolicismo es una impresionante efusión de la gracia, gratuita y totalmente inmerecida por nuestra parte. Me presentaron a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro antes de ser bautizado. Yo ha-

bía tocado fondo, había perdido la esperanza de cualquier razón para vivir. Era un agnóstico. Pensé que había un Dios, pero no estaba seguro. El obstáculo era que no veía ninguna manera de que pudiera ser perdonado y reconciliado con el Dios Todopoderoso, no por mis pecados que eran no-perdonables, sino porque dudaba de mi propia contrición y propósito de enmienda. Pensé que volvería a caer irremediablemente en el pecado una y otra vez. Durante semanas estaba buscando una fuente de esperanza, y estaba desesperado. Fui a una iglesia y me sentí atraído por una estatua con una oración escrita en la base, que incluía esta frase: «¡Oh Madre del Perpetuo Socorro, en tus manos pongo mi salvación eterna; a ti puedo confiar mi alma!». Me sentí atraído misteriosamente a la oración, la memoricé y la decía todos los días. He confiado mi alma y mi salvación eterna en manos de esta señora, a pesar de que no sabía quién era, y no estaba bautizado todavía.

Sólo Dios sabe lo que estaba pasando en lo más profundo de mi alma, pero sí sé que un gran cambio llegó a mi vida: quería rezar a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y para aprender más sobre ella. ¡Qué gracia! ¡Qué esperanza maravillosa! Tres meses más tarde, fui bautizado.

Recientemente, he aprendido que la oración que me aprendí de memoria fue escrita por san Alfonso M^a de Liguori, fundador de los Redentoristas y Doctor de la Iglesia. El fundador de Rest of Israel, nuestro amado padre Arthur Klyber, era un redentorista y un verdadero hijo de san Alfonso. ¡Qué increíble «coincidencia»!

También, he llegado a confiar en la Misericordia divina. Creo que mis pecados son verdaderamente perdonados. Todavía soy un pecador, y sigo necesitando la confesión frecuente. Sigo rezando por mi conversión diaria, pero entiendo que Dios lee nuestros corazones y si nos arrepentimos de nuestros pecados y quie-

* Concluimos esta sección, que nos ha acompañado durante todo el Año de la Fe, con el testimonio de Mark Droguin, un judío convertido a la fe de Cristo, padre de familia numerosa y presidente de la asociación Rest of Israel, fundada por el padre redentorista Arthur Klyber (1900-1999), también él judío convertido. Rest of Israel se propone proclamar las raíces judías del cristianismo y ser un testimonio de las conversiones que se han producido o se producen. (El texto resume una conferencia pronunciada por Mark Droguin en 2004.) De esta forma expresamos nuestra convicción de que estas conversiones, ciertamente escasas, son el preludio de aquella conversión, cuyo tiempo sólo Dios conoce, que san Pablo profetizó en la epístola a los Romanos: «Todo Israel será salvo».

res cambiar, el Señor viene en nuestra ayuda. Mi vida ha cambiado realmente, y yo he cambiado, en las décadas desde que empecé a rezar a Nuestra Madre del Perpetuo Socorro. Dios realmente responde a la oración. Y Él realmente escucha las oraciones de Israel y cumple sus promesas a su pueblo.

Hoy debo explicar «La verdadera identidad de Israel y su vocación». ¿Cuál es la verdadera identidad de Israel y su vocación? ¿Cuál es el papel único de Israel en la salvación?

La vocación de Israel es la siguiente: el Señor escogió a Israel para ser la primera entre todas las naciones, y para llevar a todas las naciones a él. Israel llevará a todas las naciones, de nuevo a Dios, Israel está llamado a ser el primero en volver a Dios. Cuando Israel se arrepienta y se vuelva al Señor, se convertirá en una luz para las naciones mediante la manifestación de la misericordia de Dios y el testimonio de su perdón de los pecados.

En el primer Evangelio, la primera palabra dicha por Juan el Bautista y Jesús fue: «Arrepentíos» El día de Pentecostés, hace casi 2000 años: «Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y dijo: “Judíos devotos de todas las naciones bajo el cielo. Arrepentíos, y bautizaos en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados”». La primera palabra de Pedro fue: «Arrepentíos».

Debemos reconocer la necesidad de arrepentimiento entre los judíos, así como entre los gentiles. Pablo explica cuidadosamente en la carta a los Romanos que «todos han pecado», ambos gentiles y judíos, y todos están en necesidad de redención por la sangre de Jesús; todos, sin excepción, deben arrepentirse.

El dogma de la Inmaculada Concepción confirma que todos han pecado y están en necesidad de redención por Cristo. A excepción de su divino Hijo, la Santísima Virgen María fue el judío más perfecto que jamás haya vivido. Siguió la Ley de Moisés y nunca cometió un pecado, y sin embargo se salvó sólo a través de la sangre de Jesús. Si la Virgen Inmaculada fue salvada por el sacrificio de Cristo, ciertamente ningún judío se salvará sin Cristo.

Pasamos ahora a mi segundo punto: la importancia del perdón de los pecados. La limpieza de los pecados es un tema central en el judaísmo. Yom Kippur, el Día de la Expiación, es justamente considerado como uno de los días más importantes del año para los judíos. El evangelio de Juan, centra nuestra atención en el «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». San Pablo hizo hincapié en la universalidad y el horror del pecado.

El judaísmo entiende que todos somos pecadores y sólo Dios puede quitar nuestros pe-

cados. Hoy en día, nos unimos a otros judíos que profesan —con Pedro y los discípulos judíos primero— nuestra creencia de que Jesús de Nazaret realmente ha ofrecido el sacrificio aceptable por nuestros pecados. Nuestra fe en Jesús afirma nuestra comprensión judía que sólo Dios puede quitar nuestros pecados.

Tenemos una gran misión del mismo Jesús: proclamar esta Buena Nueva a todos, empezando por el pueblo judío. La forma mayor y más trágica discriminación contra los judíos es no dejarles llegar esta Buena Noticia.

El Evangelio llama a cada uno de nosotros a ser un hijo de Abraham, para ser restaurado como pleno miembro de la familia de la Alianza de Dios, la Familia de Israel. Jesús hace hincapié en el vínculo del pacto familiar cuando cita el texto judío sobre la indisolubilidad del matrimonio: «Los dos serán una sola carne». Después sigue diciendo: «Ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Esta es la comprensión judía de la unión matrimonial: pacto sagrado.

Nuestra adopción espiritual en la familia de Jesús a través de los sacramentos es la adopción en la Sagrada Familia de Nazaret. Nos convertimos en hermanos adoptados y hermanas de Jesús, María es nuestra Madre, y José es nuestro padre adoptivo humano.

Cuando encontraron a Jesús en el Templo, María misma, refiriéndose a José, dijo: «Hijo, tu padre y yo te buscábamos». La Sagrada Familia nunca fue una familia monoparental. José es verdaderamente padre humano de Jesús en todos los aspectos excepto biológicamente. La Iglesia enseña que José y María se unieron en una sagrada alianza matrimonial antes de la Encarnación.

Es impensable que Jesús pretenda ignorar la sagrada alianza matrimonial de su propia madre con José. ¡Necesitamos a José! José sigue siendo el jefe de la Sagrada Familia, hoy, el Custodio de la Iglesia universal. «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre».

Esto es importante para nosotros porque José y María son judíos. La Sagrada Familia de Nazaret es una familia judía, la familia judía más perfecta. La historia del judaísmo es la historia de la familia de Israel. Dios escogió redimirnos a través de la familia. El judaísmo mantiene la memoria de nuestra familia viva y presente. La Encarnación revela la plenitud de la vida humana y la Encarnación se encuentra en una familia judía. Creo que podemos decir que para cada persona la plenitud de la vida humana se encuentra en una familia judía. En el bautismo nos convertimos en miembros de la familia judía de Nazaret.



Los mártires, testigos de la fe

Anacleto González Flores, mártir de Cristo Rey

LAURA INDART LUNA

Una forma de acordarnos de nuestros mártires españoles es dirigir la mirada a los cristeros mexicanos, aquellos que por vez primera murieron al grito de «¡Viva Cristo Rey!». Muchos son, gracias a Dios, aquellos de los que podríamos hablar, pero Anacleto González Flores merece una especial atención porque fue formador de muchos de los jóvenes que luego se unieron a la Cristiada. Conocedor del ataque laicista que sufría desde hacía varias décadas México, estaba profundamente preocupado porque todos los católicos tomaran conciencia de la importancia de hacerle frente y poner los medios para contrarrestar el ataque.

Nació en el estado de Jalisco en 1888. Desde pequeño recibió el sobrenombre de «el maistro» por su afán apostólico concretado en enseñar catecismo a los muchachos que le acompañaban. Tenía capacidad para ilusionar a los demás y para dirigirlos, por su sencillez y nobleza de corazón. En su juventud sintió nacer dentro de sí un gran deseo de entregarse más a Dios, por lo que comenzó a comulgar a diario. Más adelante se planteó la vocación al sacerdocio, pero vio que no era lo que Dios le pedía y estudió para abogado.

En 1853 Benito Juárez emprendió una «reforma» para acabar con el alma católica e hispánica de México. El resultado fue que la Iglesia fue expulsada de la vida pública. Pero fue a partir de 1914 cuando se retomó este proyecto: la Revolución Mexicana, bajo el gobierno de varios presidentes; Calles estuvo en el poder entre 1924 y 1928 y fue el que emprendió la mayor persecución. Mientras tanto, en 1925, el papa Pío XI instituyó la festividad de Cristo Rey.

Anacleto estaba llamado por el Señor para despertar de su letargo a muchos católicos, adormilados en un momento en que México ponía en juego su alma. Tenía una vasta formación en casi todos los terrenos; en filosofía se había formado leyendo a santo Tomás y a san Agustín. Era escritor y un magnífico orador.

Amaba la tradición de México como heredera de la historia de España: una España forjada por ocho siglos de Reconquista, cuyo impulso misionero le llevó después hasta América, quedando así unidas las dos partes del océano por lazos indisolubles, los del Evangelio:

«Junto con España accede a nuestra tierra la Iglesia católica, quien bendijo las piedras con que España cimentó nuestra nacionalidad. Ella encendió en el alma oscura del indio la antorcha del Evangelio. Ella puso en los labios de los conquistadores las fórmulas de una nueva civilización [...] Concretado el glorioso proyecto de la hispanidad, aflora en el horizonte el fantasma del anticatolicismo y la antihispanidad. Es el gran movimiento subversivo de la modernidad, encarnado en tres enemigos: la Revolución, el protestantismo y la masonería».

Así hablaba Anacleto, y con una pasión que le encendía el alma fue formando a muchos grupos de jóvenes, preparándolos para defender su tierra, si hacía falta con la sangre. Veía cómo los enemigos querían quitar a Cristo de las escuelas, las plazas, los puestos de trabajo, el gobierno. Y, sin embargo, muchos ni siquiera estaban preocupados. Urgía a formarse, a leer, y le dolía que los católicos no pusiesen los medios para esto.

«Judas se ahorcó, mas dejó una numerosa descendencia [...] también entre los mismos católicos. Porque se parecen a Judas los que saben que los niños y los jóvenes están siendo apuñalados, descristianizados en los colegios laicistas y, sin embargo, después de haberle dado a Jesús un beso dentro del Templo, entregan las manos de sus hijos en manos del maestro laico, para que Cristo padezca nuevamente los tormentos de sus verdugos. Se parecen a Judas los católicos que no colaboran con las publicaciones católicas, permitiendo que éstas mueran. O los que, entregados en brazos de la pereza, dejan hacer a los enemigos de Cristo. También se le parecen los que no hacen sino



criticar acerbamente a los que se esfuerzan por trabajar, porque contribuyen a que Cristo quede a merced de los soldados que lo persiguen».

Por eso él buscaba a la juventud, sabiendo que es en ese momento de la vida cuando uno decide entregar la vida por un ideal. Creó la Unión Popular, una organización en la que todos los católicos tenían un lugar. Formaba su inteligencia y forjaba su voluntad: «de este modo habremos logrado que todos se aproximen al instante en que tengamos suficientes mártires que bañen con su sangre la libertad de las conciencias y de las almas en nuestro país».

Cuando el 31 de julio de 1926 entró en vigor la ley de cultos de Calles y todos los templos del país suspendieron toda celebración, nadie pensaba todavía en tomar las armas. Pero, siendo así que la simple aceptación de esa ley era imposible puesto que buscaba la destrucción de la Iglesia, y que fueron agotados los recursos pacíficos, la única vía que quedó a los católicos mexicanos fue defender los derechos de Dios con la propia vida.

Anacleto al principio no era partidario del enfrentamiento armado. Sin embargo, siempre estaba preparando para el martirio. «La Iglesia está nutrida de sangre de león. Estamos obligados a mojarla con nuestra sangre». Sabía que eso no significaría una victoria inmediata, pero la verdad sería proclamada a los cuatro vientos con el testimonio del martirio y el clamor de la sangre llegaría hasta el Cielo.

Al morir los primeros mártires cerca de la iglesia de Guadalupe: «Hoy la Reina ha recibido la ofrenda de nuestros mártires; ha visto llenarse las cárceles con los audaces seguidores de su Hijo [...] Y seguirá la ofrenda, porque ya sabemos los católicos que hay que proclamar a Cristo por encima de las bayonetas».

Al ver como todos marchaban al campo de batalla, y sobre todo sus más íntimos amigos, se persuadió del bien que la Cristiada era. Así pues, se ofreció para organizar y coordinar todos los mensajes que llegaban para Jalisco desde el centro. También estuvo de acuerdo en que la Unión Popular se incorporase a filas.

Dice un historiador: «Existen zonas selectas –la Vendée francesa de la contrarrevolución, la Navarra española del tradicionalismo carlista [...]– donde esa resistencia ha alcanzado caracteres épicos, dignos de la tragedia homérica. Por ellos, sin duda, se salvará el juicio de la época moderna. Los anales de la historia futura los recogerán como nuevos Troyas de la civilización [...] Y entre esos hitos notables hallará su lugar peraltado el Occidente mexicano».

Pasó varias veces por la cárcel y al fin hubo de esconderse en casa de una familia. La víspera de su muerte, se confesó y antes de dormir, escribió: «El espectáculo que ofrecen los defensores de la Iglesia es sencillamente sublime. El Cielo lo bendice, el mundo lo admira, el infierno lo ve lleno de rabia y asombro, los verdugos tiemblan».

Pasan las doce de la noche. Es ya el día de su martirio, aunque él no lo sabe. Y continúa escribiendo: «Hoy debemos darle a Dios fuerte testimonio de que de veras somos católicos. Mañana será tarde».

Son las cinco de la mañana, todos duermen, pero la casa ha sido rodeada por soldados. Es capturado junto con tres de los hermanos que lo ocultaban. Los torturan duramente y los interrogan. Son condenados a muerte todos ellos. Al saberlo, Anacleto habla con toda su alma: «Una sola cosa diré y es que he trabajado con todo desinterés por defender la causa de Jesucristo y de su Iglesia. Vosotros me mataréis, pero sabed que conmigo no morirá la causa. Muchos están detrás de mí dispuestos a defenderla hasta el martirio. Me voy, pero con la seguridad de que veré pronto desde el Cielo el triunfo de la religión en mi patria».

Y luego mira al general: «General, perdono a usted de corazón; muy pronto nos veremos ante el tribunal divino; el mismo Juez que me va a juzgar será su Juez; entonces tendrá usted un intercesor en mí con Dios». Cuando ya estaba casi muerto, trata de incorporarse y grita: «Oigan las Américas este grito: yo muero, pero Dios no muere. ¡Viva Cristo Rey!».

Cuando su mujer y sus hijos fueron a ver los restos mortales de Anacleto, tomó la joven madre al mayor de sus hijos y le dijo: «Mira, este es tu padre. Ha muerto para confesar la fe. Promete sobre este cuerpo que tú harás lo mismo cuando seas grande si así Dios lo pide».

Anacleto fue beatificado en 2005.



San Cirilo

XAVIER PREVOSTI VIVES, HNSSC

Cuando Eusebio de Dorilea, un «simple laico» de tan sólo unos veinte años, en la vigilia de Navidad del año 428 se alzó en protesta en la magnífica catedral de Santa Sofía de Constantinopla, en pleno centro político y cultural del Imperio, en defensa de la maternidad divina de la Virgen María ante la predicación del nuevo obispo Nestorio, seguramente no era consciente de que aquel gesto de valentía iba a causar una polémica histórica y decisiva para la formulación de la verdadera fe católica. «*Es el mismo Verbo eterno de Dios el que ha nacido una segunda vez, según la carne, de la Virgen María*» prorrumpió decididamente contra Nestorio el que luego sería obispo de Dorilea. Se iniciaba así una disputa que «puso a toda la ciudad en tensión» y al extenderse por todo el Imperio, todo aquel mundo oriental fervorosamente católico, especialmente en Egipto, se conmocionó. Los piadosos monjes del desierto de Egipto acudieron en protesta al patriarca de Alejandría, san Cirilo, y después de informarle de lo sucedido le instaban a que interviniera en defensa de la verdadera fe sobre la Madre de Dios.

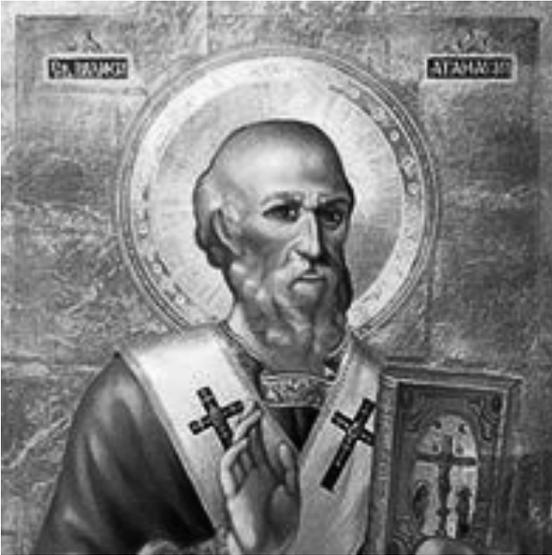
San Cirilo de Alejandría, que desde el año 412 era obispo de Alejandría, cuando recibe en abril la noticia de la disputa iniciada en Constantinopla no se alarma porque ya conocía el error de «*aquellos que dividen a Cristo en dos y quieren hacer de Él un hombre unido al Verbo por una simple unión moral*», como escribía el año 420 en una homilía pascual. Sin embargo, ante la difusión de la controversia, pero sin mencionar a Nestorio, escribe para la ocasión una larga carta dogmática a los monjes egipcios poniéndoles en guardia ante la nueva herejía: «*¿Podemos llamar a María Theotokos [Madre de Dios]? Sin ninguna duda, porque ella ha concebido e infantado al Verbo de Dios hecho hombre. Este término es tradicional: todos los Padres ortodoxos de Oriente y de Occidente lo han aceptado*».

Esta carta llegó a Constantinopla y Nestorio

se sintió aludido y molesto. Con tal de calmar la situación san Cirilo escribió una primera carta al patriarca de la capital bizantina y le invitaba a reconocer el título de Madre de Dios: «*Consentid, os lo ruego, en darle a María el título de Theotokos*». Nestorio respondió con desdén y continuó su tarea apologética y empezó a desacreditar a san Cirilo, «*el Egipcio*», con toda suerte de calumnias. San Cirilo escribe entonces nuevamente una segunda carta más clara y expositiva de la cristología e informa a diversas autoridades eclesiales y políticas para esclarecer la doctrina. Así, por ejemplo, envía cartas y tratados al anciano y respetado obispo Acacio, al emperador Teodosio, a sus hermanas, la emperatriz, etc...

Por otra parte, decide atender la consulta que un año antes le había hecho el papa Celestino I acerca de la doctrina de Nestorio y que había retenido hasta entonces para no airear más el asunto. Así en la primavera del 430 rompe su silencio y envía un mensajero a Roma con todos sus escritos e informes sobre la cuestión. El Papa reúne un sínodo de obispos occidentales que declaran la plena ortodoxia de Cirilo y reprueban las doctrinas de Nestorio. El Papa envía un legado a san Cirilo para que sea él quien comunique a Nestorio que bajo pena de excomunión debe retractarse. Al amparo de esta autoridad pontificia y reunido con los obispos de Egipto escribe una carta sinodal a Nestorio que contiene los célebres doce anatematismos de san Cirilo y que Nestorio deberá suscribir, por mandato del Papa. Los anatematismos cirilianos Nestorio jamás lo aceptó y fueron desde entonces piedra de toque para toda la escuela antioquena que quiso ver en ellos el error contrario del apolinarismo, la negación de la naturaleza humana completa de Cristo.

Mientras tanto el emperador Teodosio II, por incitación de Nestorio, que deseaba ganarle para su causa, había convocado un concilio en Éfeso para las cercanas fiestas de Pentecos-



tés del año 431. Cirilo, un poco extrañado porque se le convoca con cierta dureza y como para justificar su actuación, acude de nuevo al Papa para confirmar la reprobación de Nestorio. Celestino I se reafirma en su posición y enviará también tres legados al Concilio para ratificar la doctrina.

El Concilio no dejaba de estar en una situación sumamente delicada porque el Papa ya se había pronunciado. No podía hacer otra cosa que proclamar esa declaración pontificia. Cualquier otra conducta podía traer el cisma. Quizá por esta razón la primera sesión se desarrolló con tanta controversia aún hasta hoy. San Cirilo, con cincuenta prelados egipcios, se presentó a tiempo para la obertura del Concilio. Nestorio, con sus dieciséis obispos acompañantes, ya se encontraba en Éfeso. Ni los legados pontificios, ni Juan de Antioquía que parece era el candidato imperial para presidir el Concilio, con sus cincuenta prelados afines, había hecho acto de presencia. San Cirilo, después de esperar más de dos semanas, decide iniciarla primera sesión del Concilio. Después de dar lectura de las dos cartas de san Cirilo a Nestorio, los doce polémicos anatematismos, la condena del Papa en el sínodo de Roma y diversas autoridades de los Santos Padres, la asamblea episcopal pronunció solemne sentencia contra Nestorio y su doctrina y él mismo fue depuesto. Esta sentencia fue recibida por parte del pueblo de Éfeso y toda la comarca con un entusiasmo enfervorizado. Al punto acudió el pueblo radiante de júbilo a la iglesia de Santa María para acompañar a los padres conciliares en solemne procesión de antorchas para dar gracias a Dios por el reconocimiento del título de María como Madre de Dios. Fue tal vez la primera procesión multitudinaria de antorchas en honor a la Virgen María.

Cinco días después llegaron Juan de Antioquía y sus cincuenta prelados. Es muy pro-

bable –como notan algunos historiadores– que, por las circunstancias del Concilio que hacía tan previsible esta condena y deposición de Nestorio y porque era su amigo y no deseaba tener que reprobalo, Juan de Antioquía estuviera haciendo tiempo en las cercanías de Éfeso. Sin embargo no quisieron entrar en la asamblea conciliar y quedándose fuera bajo la protección de los soldados imperiales reprochaba a Cirilo haberse precipitado en la condena de Nestorio y acusaban a los doce anatematismos de herejía apolinarista. Depusieron éstos a san Cirilo, lo excomulgaron junto a su amigo Memnón de Éfeso y fueron aprisionados. Finalmente, cuando llegaron los legados pontificios, quedó confirmada la autoridad de Cirilo y éstos firmaron y aceptaron todas las actuaciones de la primera sesión. Aunque por la presión imperial tuvieron que abandonar la iglesia de Santa María de Éfeso y reunirse en la sede del obispo, el concilio a pesar de esta clandestinidad quedaba, por la presencia de los legados pontificios, definitivamente y sin lugar a dudas como el tercer concilio ecuménico.

Sin embargo, la actitud de Juan de Antioquía y sus seguidores, entre ellos especialmente Teodoreto de Ciro, de rechazo a los anatematismos y de afinidad a la terminología antioquena y nestoriana se prolongará todos los años posteriores a Éfeso hasta lo que, en lo humano, podría verse como una revancha teológica en el Concilio de Calcedonia en el 451, tras la muerte de Teodosio II.

Se ha dicho muchas veces que san Cirilo era un hombre violento y autoritario, pero su actitud de defensa de la fe en los momentos de disputa y de peligro de contaminación del lenguaje tradicional del pueblo de Dios no deben hacernos olvidar su disposición para la concordia y la paz que mostró, después del Concilio, con aquellos partidarios antioquenos. Dos años después del Concilio, en el 433, firmaron ambas partes un edicto de unión gracias a la actitud heroica y conciliadora de san Cirilo que sin negar la autenticidad de la condenación de Nestorio y de los doce anatematismos estuvo dispuesto, aun siendo el que ostentaba oficialmente la ortodoxia, a renunciar a ciertas expresiones que, incluso habiéndolas tenido que explicar una y otra vez, eran consideradas por la escuela antioquena contaminadas de apolinarismo. Así se avino a firmar una fórmula con terminología antioquena pero ortodoxa con tal de encontrar la paz sin renunciar a la verdad, atendiendo más a las cosas que a las palabras. Unos años después, en 444, falleció este gran defensor de la maternidad de María y que pasó a la historia como el Doctor de la Encarnación.



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (II): la persecución

GERARDO MANRESA

EL mejor amigo de Edmund durante trece años, Gregory Martin, había abandonado Oxford para convertirse en tutor de los hijos del duque de Norfolk y como muchos otros católicos se fue al exilio. Campion, a pesar de ser diácono y miembro nominal de la Iglesia de Inglaterra, mostraba sus dudas a aquellos que se las podían resolver. El obispo de Gloucesster, que le había conferido el diaconado, fue el principal. Este obispo era un hombre virtuoso, templado y culto, con un pensamiento totalmente distinto a sus otros colegas. Él fue el primero en tener una mentalidad de Iglesia Alta, High Church. Sus clérigos le consideraban poco menos que un papista; creía en la transubstanciación y en el carácter milagroso de la misa y personalmente difería de las enseñanzas católicas en puntos que solo los metafísicos lograban discernir. Años después fue excomulgado por sus propios compañeros obispos.

Apenas empezada la tormenta, Campion recibe presiones para exponer su doctrina. Recibía una beca de The Grocers Company de Londres y, conociendo sus simpatías papistas, quisieron que explicara su posición; él intentó retrasar la fecha de la comparecencia con la excusa del trabajo que tenía en la Universidad y en el municipio, pero le retiraron la beca. Día a día la situación se hacía más insostenible en Inglaterra y el mismo amigo Gregory Martin le escribió urgiéndole a que abandonara el país. El día primero de agosto de 1569 llegó a su fin el cargo de supervisor de la Universidad de Oxford y una vez arregladas las cosas para su sucesor se las entregó; éste fue su último acto público en Oxford.

Se duda de la fecha en que Campion abandonó Inglaterra para dirigirse a Irlanda. Robert Persons dice que fue en diciembre del mismo año, en el momento álgido del furor anticatólico provocado por la rebelión de los *earls* del Norte, cuando los católicos eran objeto de sospecha y la vigilancia en los puertos era grande. Pollen en cambio dice que marchó en diciembre del año siguiente, 1570, por dos cartas que escribió datadas en Oxford, pero hay dudas en ello.

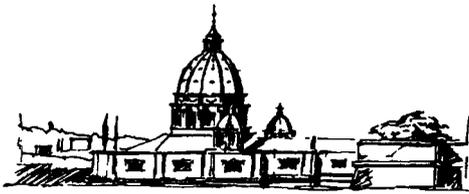
Uno de sus alumnos preferidos, Richard Stanihurst, le entregó un libro que le llevó a pensar en Irlanda. Su padre era presidente de la Casa de los Comunes en Dublín. Él era el promotor de la creación de una Universidad en Dublín que se estaba gestando en aquellas fechas, una oportunidad hecha a medida de un hombre como Campion. En Irlanda la Reforma apenas había causado agitación en Dublín; las Leyes de Supremacía y Uniformidad en la Fe, aunque habían sido promulgadas apenas se habían aplicado. Sidney, el Lord Deputy, representante del Rey y cabeza del ejecutivo irlandés, era

hombre tolerante, cuando no compasivo, y salvo un estamento oficial anglicanizado, la totalidad de los hombres de importancia en Dublín seguían adheridos a la antigua fe. Recibió muy amigablemente a Campion.

Campion se estableció en casa de los Stanihurst, donde fue acogido con cálida familiaridad por las amistades de los Stanihurst. Allí conoció por primera vez lo que era la vida familiar, pues él, aunque tenía dos hermanos y una hermana apenas convivió con ellos. Su estancia en Irlanda fue feliz y de nuevo estaba en paz con lo que le rodeaba, la ilusión de una vida académica serena apareció de nuevo en casa de los Stanihurst, pues pudo disponer de alumnos a quien enseñar, biblioteca para estudiar y gabinete donde proseguir sus trabajos. Allí, con todos los documentos que existían en la Cámara de los Comunes, pudo escribir *La historia de Irlanda*. Es la única obra en inglés escrita por Campion que ha sobrevivido. El resto de su trabajo editado está en latín.

La rebelión de los *earls* del Norte en invierno de 1569, fue una revuelta de carácter feudal que poco a poco fue tomando un carácter religioso, pues en los pueblos que iban conquistando los rebeldes se iba volviendo a celebrar la misa. El duque de Norfolk, uno de los jefes, se rindieron y poco a poco terminó por ser una aventura de carácter local. María Estuardo fue entregada a Isabel y encerrada en la región de Midlands. Otro hecho se produjo en la primavera de 1570 que vino a ajustar completamente la causa católica: el papa Pío V excomulgó a la reina Isabel I. Ello hizo que la obediencia a la Iglesia fuera considerada traición política, hecho que duró más de tres siglos.

En Irlanda también tuvo su reflejo y, con Sidney a punto del retiro, la seguridad personal de Campion se tambaleaba. A principios de marzo de 1572, el primer ministro Cecil, bajo la sospecha de que Felipe II iba a intervenir en Irlanda, sembró el miedo de una nueva invasión y al mismo tiempo las autoridades debían proceder contra los católicos. Campion, persona conocida, pasó a ser un fugitivo y los Stanihurst lo sacaron de la ciudad. En los meses siguientes no hay constancia de sus movimientos. Iba alojándose en casa de amigos; finalmente a últimos de mayo embarcó para Inglaterra disfrazado de sirviente. Revisado el barco, pudo escapar pero sus equipajes y sus escritos fueron requisados. El día 1 de junio asistió, entre el público, en Westminster Hall al juicio del doctor Storey, un refugiado capturado por Cecil, que tuvo un papel preeminente contra los protestantes durante el reinado de María Estuardo. El mismo día cruzó el Canal de la Mancha y, aunque con muchos problemas y días de retraso, llegó a Douai.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El diálogo interreligioso en la enseñanza oficial de la Iglesia católica

EL cardenal Jean-Louis Tauran, presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso junto con el padre Miguel Ángel Ayuso Guixot, M.C.C.J., secretario del mismo dicasterio, presentaron el pasado 13 de noviembre el volumen *El diálogo interreligioso en la enseñanza oficial de la Iglesia católica (1963-2013)*.

El objetivo de esta tercera edición, que abarca 909 documentos del magisterio pontificio desde el Concilio Vaticano II hasta Benedicto XVI, es presentar el pensamiento oficial de la Iglesia, según el espíritu de *Nostra aetate*, que exhorta a los fieles a que «mediante el diálogo y la colaboración con los adeptos de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que en ellos existen».

«La elección de los textos –ha puntualizado el cardenal Tauran– respeta las competencias del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, omitiendo por lo tanto, tanto el diálogo con los judíos, que compete a la Comisión para las Relaciones Religiosas con los Judíos, como el diálogo ecuménico, o sea el aspecto de las relaciones con las otras Iglesias y comunidades eclesiales, de las que se ocupa dicho Consejo».

El cardenal Jean-Louis Tauran presentó el diálogo interreligioso como el antídoto al relativismo ya que «cuando se conversa con personas de otras religiones, por ejemplo de fe musulmana, lo primero que hay que hacer es “profesar la propia fe”. Hacer diálogo interreligioso implica el conocimiento de la propia identidad espiritual».

El Salvador en su segunda venida

EL Salvador en su segunda venida ha sido el motivo escogido por la Fundación San Pablo y San Jorge que, con el apoyo de la Academia Teológica de Moscú y las autoridades religiosas ortodoxas de Rusia y Oriente Medio, ha erigido una gran escultura de 32 metros de altura en la cima de la montaña de los Querubines, la más alta de Siria, a veinte kilómetros de Damasco y donde todavía se conserva la lengua de Nuestro Señor, el

arameo. Como detallaba Samir Shakib el Gadban, director de la Fundación San Pablo y San Jorge, la idea surgió en 2005 gracias a Ignacio IV, entonces patriarca de Antioquía y todo Oriente. Él fue precisamente quien propuso la construcción de una escultura que representara la imagen de Cristo en su segunda venida. Con las dos manos, Cristo bendice y al propio tiempo pisotea a una serpiente, símbolo del mal. A su derecha se encuentra Adán y a la izquierda Eva con la cabeza inclinada. En la base de la escultura se construirá una capilla dedicada a Nuestra Madre la Virgen María.

El monumento de bronce, que se ve perfectamente desde el Líbano, Jordania, Palestina e Israel, quiere ser un símbolo de la esperanza de paz en toda la zona. De hecho, los dos bandos enzarzados en la guerra civil decretaron tres días de alto el fuego para que la maquinaria pudiese acceder al monasterio de los Querubines y levantar la escultura.

Sin embargo, la situación de los cristianos no mejora en la zona. La ciudad de Sadad, asentamiento cristiano de quince mil habitantes situado 160 km al norte de Damasco, fue invadida y ocupada por las milicias islamitas el pasado 21 de octubre y reconquistada en los últimos días por el ejército regular de Siria. Los representantes del Patriarcado y de las familias de las víctimas, que han regresado a la ciudad, han encontrado, para su horror, dos fosas comunes, donde estaban los cuerpos de sus familiares y amigos.

En declaraciones a la Agencia Fides, el arzobispo Selwanos Boutros Alnemeh, Metropolitano Sirio Ortodoxo de Homs y Hama, aseguraba que «lo que ha ocurrido en Sadad es la masacre de cristianos más grave y más grande que ha tenido lugar en Siria y la segunda en Oriente Medio, después de la de la iglesia de Nuestra Señora de la Salvación en Iraq, en 2010. Cuarenta y cinco civiles inocentes, entre ellos varias mujeres y niños, fueron martirizados y arrojados a fosas comunes. Y durante una semana, mil quinientas familias han sido mantenidas como rehenes y escudos humanos. En todas las casas de Sadad se ha robado y saqueado. Las iglesias están dañadas y profanadas, privadas de libros antiguos y muebles preciosos, manchadas con escritos en contra del cristianismo. Las escuelas, edificios gubernamentales, edificios municipales han sido destruidos, junto con la oficina de correos, el hospital y la clínica. A los niños de Sadad se les ha robado el futuro. Muchos hogares

no podrán ser reconstruidos. Hemos gritado pidiendo ayuda al mundo entero, pero nadie nos ha escuchado. ¿Dónde está la conciencia cristiana? ¿Dónde está la conciencia humana? ¿Dónde están mis hermanos? Pienso en todos los que están sufriendo hoy el luto y el dolor: tengo un nudo en la garganta y me duele el corazón por lo que ha pasado en mi archidiócesis. ¿Cuál será nuestro futuro? Pedimos a todos que oren por nosotros».

Apostasía silenciosa

A sí definía el cardenal Robert Sarah, presidente del Pontificio Consejo Cor Unum, el rechazo de Dios y de la fe cristiana en la política, en la economía, en la dimensión ética y moral y en la cultura post-moderna occidental. En su discurso, pronunciado durante el encuentro que tuvo lugar del 4 al 6 de noviembre en Trieste, Italia, sobre la actividad caritativa de la Iglesia promovido por las conferencias episcopales europeas, el purpurado aseguró que «no es posible entender la caridad cristiana, sin tomar en cuenta su estrecho vínculo con la fe en Cristo y entender que fluye de Él. (...) Involuntariamente se respiran con todos los pulmones doctrinas que van en contra del hombre y que generan nuevas políticas que tienen un efecto de erosión, destrucción, demolición y grave agresión, lentas pero constantes, sobre todo en la persona humana, su vida, su familia, su trabajo y sus relaciones interpersonales. No tenemos ni siquiera el tiempo para vivir, amar, adorar. Este es un desafío excepcional para la Iglesia y para la pastoral de la caridad. La Iglesia denuncia también las diferentes formas de las que es víctima la persona humana.

«Un humanismo sin Dios – dijo el cardenal Sarah – al lado de un subjetivismo exacerbado, ideologías que son difundidas por los medios de comunicación y por los grupos extremadamente influyentes y financieramente potentes, se esconden detrás de las apariencias del servicio internacional y actúan incluso en el ambiente eclesial y en nuestras agencias de caridad. Para la Iglesia, los valores cristianos que la guían y la identidad eclesial de la actividad caritativa no son negociables, se debe rechazar cualquier ideología que vaya en contra de la enseñanza divina y rechazar categóricamente cualquier apoyo económico o cultural que imponga condiciones ideológicas opuestas a la visión cristiana del hombre. (...) Esta pastoral no se reduce a una expresión puramente filantrópica o solidaria. Nuestra primera tarea, explicó, consiste en definir correctamente la naturaleza de la actividad caritativa para no transformarla en una intervención de tipo político, puramente social o humanitaria. Nos tenemos que preguntar: ¿Qué

visión del hombre queremos promover con nuestra acción caritativa? Cuantos practiquen la caridad deben ser testigos creíbles de Cristo».

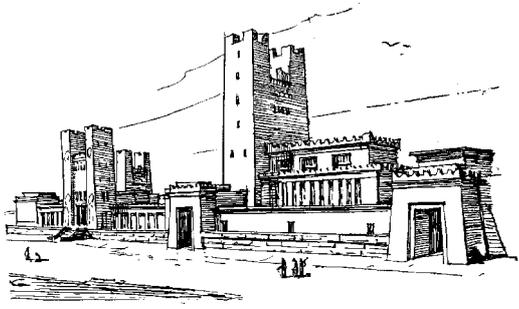
Documento preparatorio del próximo Sínodo de los obispos

El cardenal Péter Erdo, arzobispo de Esztergom-Budapest (Hungría), el obispo Lorenzo Baldisseri, y el arzobispo de Chieti-Vasto (Italia) Bruno Forte, respectivamente relator general de la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, secretario general del Sínodo de los Obispos y secretario especial, han presentado en la Oficina de Prensa de la Santa Sede el documento preparatorio de dicha Asamblea.

El tema del Sínodo es «Los desafíos pastorales sobre la familia en el contexto de la evangelización» y tendrá lugar en el Vaticano del 5 al 19 de octubre de 2014. Este tema se inserta en una ruta de trabajo en dos etapas: la primera es, precisamente, la Asamblea General Extraordinaria de 2014 cuyo propósito es precisar el *status quaestionis* y recoger testimonios y propuestas de los obispos para anunciar y vivir el Evangelio con credibilidad para la familia; la segunda es la Asamblea General Ordinaria, prevista para 2015, cuyo fin es precisar las líneas operativas para la pastoral de la persona humana y de la familia.

Por voluntad del papa Francisco el nuevo sínodo renovará su metodología con la intención de que dicha institución sea un instrumento real y efectivo de comunión a través del cual se exprese y se realice la colegialidad deseada en el Concilio Vaticano II. Con este fin el Santo Padre ha querido potenciar también la actividad de la Secretaría General del Sínodo de los obispos para que pueda cumplir adecuadamente su misión de promover la colegialidad episcopal, *cum Petro e sub Petro*, en el gobierno de la Iglesia universal. El carácter extraordinario de la próxima asamblea sinodal responde a la necesidad de tratar una materia que, a pesar de referirse al bien de la Iglesia universal, exige una rápida definición.

El cardenal Erdo ha pasado revista a todas las cuestiones abordadas en el texto, desde la preparación para el matrimonio y la evangelización de los cónyuges y de sus familias, a las uniones de hecho sin reconocimiento religioso o civil, a la situación de los divorciados católicos que se han vuelto a casar o a las uniones entre personas del mismo sexo, pasando por los procedimientos de nulidad matrimonial. Sin embargo, ha afirmado, todo el cuestionario «se coloca en un contexto más elevado: más allá de los problemas existentes abre el horizonte hacia el reconocimiento del hecho de que la familia es un verdadero don del Creador a la humanidad».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Lo que las Femen significan

LAS Femen, esas mujeres que, semidesnudas, vociferan o atacan a gentes de bien, han vuelto a actuar recientemente. Tres de ellas prorumpieron en el Congreso de los Diputados lanzando gritos en favor del aborto, mientras que el arzobispo de Malinas-Bruselas, monseñor Léonard, fue agredido por tercera vez en el transcurso de un encuentro europeo de artistas jóvenes en el colegio Saint-Michel de la capital belga.

Aunque creo que darles una importancia que no tienen no es una buena idea, por una vez creo que reflexionar sobre estos actos de las Femen puede arrojar luz sobre algunos aspectos.

En primer lugar, el eco que las Femen reciben por parte de nuestros medios de comunicación nos confirma que el papel de los mismos es cada vez menos informar o ayudar a crear una opinión pública informada y, por el contrario, son cada vez más órganos de manipulación y propaganda. La crisis económica que viven la inmensa mayoría de los medios de comunicación, lo que hace depender su subsistencia del apoyo recibido por distintas vías desde el Estado, ha intensificado este proceso de pérdida de independencia ante el poder político. Sólo así se explica que se hagan eco de las acciones de unas personas que en vez de argumentos ofrecen gritos, violencia e insultos (el primero de todos a las propias mujeres, que no merecen que se las asocie con unas vocingleras que parecen empeñadas en dar la razón al peor machismo cuando defiende que las mujeres no son capaces más que de vociferar eslóganes simplones).

En segundo lugar, salta a la vista la complicidad con que las Femen son tratadas, no sólo por los medios de comunicación, sino también por el propio Estado, desde la policía a los jueces. El sencillo ejercicio de imaginar qué ocurriría si quienes realizan las acciones de las Femen fueran, por ejemplo, activistas neonazis, revelan que en realidad las Femen son toleradas, cuando no alentadas implícitamente, por unos poderes públicos que creen que juegan su rol, desagradable pero necesario, para mantener un statu quo que consideran prioritario. Por ello se per-

mite a las Femen quebrar de forma reiterada las normas de comportamiento público más elementales sin consecuencia alguna, e incluso riéndoles la gracia. Se demuestra así que la pretendida neutralidad del Estado no existe y que bajo un discurso neutral los Estados europeos tienen una agenda muy definida, no explicitada formalmente en muchas ocasiones, pero tremendamente eficaz.

Por último, quiero fijarme en la frase que llevaban escrita en el torso las tres Femen que entraron en el Congreso de Madrid: «el aborto es sagrado». Creo que supone un nuevo estadio dentro de la propaganda abortista. Los abortistas, cada vez con menos argumentos racionales o científicos, se refugian en lo sagrado, ahora que supuestamente habían expulsado lo sagrado del ámbito público. Porque sagrado es algo «digno de veneración por su carácter divino o por estar relacionado con la divinidad» o que es «objeto de culto por su relación con fuerzas sobrenaturales de carácter apartado o desconocido».

En cierto modo uno está tentado de darles la razón a las Femen con este nuevo salto hacia la sacralidad: en efecto, lo que incumbe a la vida de todo ser humano tiene su fundamento en instancias que superan lo meramente humano y que conectan con el misterio de la vida. La vida es sagrada, es digna de veneración y respeto y no es algo de lo que podamos disponer los hombres a nuestro antojo. O se afirma esto o se afirma lo contrario: que es la muerte la que es sagrada y la destrucción de la vida debe ser objeto de veneración. Hemos llegado al estadio final del proceso de inversión de valores. Finalmente, y como en todas las revoluciones, la supuesta liberación de la religión acaba constituyéndose en una falsa religión, en este caso la de la cultura de la muerte (¿o habría que llamarla la religión de Baal?), que aspira a suplantarse a la verdadera. Al menos queda claro cuáles son los dos caminos que en la actualidad se le presentan a la humanidad, y ambos son «sagrados».

Mientras tanto, haremos bien en seguir el ejemplo de monseñor Léonard, quien, tras la agresión sufrida, decidió comerse el pastel que una de las agresoras le había lanzado a la cara y continuar con normalidad con el acto que presidía.

Todo el mundo lo hace: ¿por qué el divorcio es contagioso?

EL divorcio debería entenderse como un fenómeno colectivo que se extiende más allá de aquellos directamente afectados.» Ésta es la conclusión de un nuevo estudio que acaban de publicar Rose McDermott, de Brown University, James H. Fowler, de la UC San Diego Division of Social Sciences y Nicholas A. Christakis, de la Harvard Medical School – Department of Health Care Policy.

Si hasta ahora había prevalecido la idea de que el divorcio es un problema de las dos personas que se divorcian y que no afectaba a nadie más, este estudio demuestra lo que muchos, y la Iglesia en primer lugar, llevamos tiempo sosteniendo: el divorcio funciona como una enfermedad contagiosa que «se extiende por todo el tejido social, afectando a amigos de más de dos grados». «Si un amigo se divorcia, los participantes en el estudio tenían un 75 % más de probabilidad de divorciarse, mientras que el porcentaje era de una mayor probabilidad del 33 % en el caso de que quien se divorcie sea el amigo de un amigo», afirman los investigadores.

Las causas de este fenómeno son varias: desde el efecto mimético (Christakis argumenta que la gente acostumbra a elegir aquello que sus amigos eligen) hasta el mayor número de personas divorciadas en busca de iniciar una nueva relación aun a costa de romper otro matrimonio. Las conclusiones también son variadas: desde alertar acerca del enorme impacto social del divorcio, que afecta a ámbitos que creíamos a salvo del mismo y que excede el de los cónyuges y sus hijos, hasta la importancia que, en consecuencia, tiene la política y las leyes sobre nuestro comportamiento, en un sentido o en otro.

Por último, el estudio incluye también una buena noticia: los matrimonios duraderos también son contagiosos y la probabilidad de ruptura cuando los matrimonios en el entorno de uno son sólidos es mucho más baja que la media.

Los responsables de la tragedia de Lampedusa

LA muerte el pasado mes de octubre, en Lampedusa, de más de trescientas personas que se dirigían a Italia para entrar ilegalmente en el país, hizo clamar al Papa contra esta vergüenza que no puede dejarnos indiferentes y que se repite, por desgracia, con cierta regularidad.

Ahora han sido los obispos africanos quienes han denunciado que la principal responsabilidad en tragedias como la de Lampedusa es de los propios africanos. Afirman en el documento que han hecho público que la responsabilidad de que se den estas situaciones recae principalmente en los numerosos gobiernos corruptos que padece el continente y que condenan a sus pueblos al hambre y al terror. Otra parte muy importante recae sobre las milicias islámicas que, en el caso de Somalia, vienen aterrizando al país desde 1994. Otro de los países de los que eran originarios muchos de los fallecidos en Lampedusa es Eritrea, que figura entre los diez países africanos que más persiguen a los cristianos. Además, están apareciendo últimamente un elevado contingente de sirios en las costas italianas (en el primer semestre de 2013 fueron 7.500), que no son emigrantes en el sentido habitual del término, sino refugiados en busca de asilo. Por último, los obispos africanos señalan que Libia se ha convertido, con la inestimable ayuda occidental, en una tierra de nadie, paraíso de las mafias que trafican con personas.

A estas responsabilidades podemos unir la de los traficantes de seres humanos que tratan a su mercancía como ganado prescindible y la someten a condiciones de viaje insoportables, y la de los países costeros del norte de África que sacan un buen provecho de hacer la vista gorda respecto a este fenómeno. Sin olvidar también que en este trágico caso, Italia tiene su parte de responsabilidad por haber aprobado una norma, inhumana, en la que se sanciona la ayuda a naufragos en alta mar.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Noviembre

General: Para que los sacerdotes que experimentan dificultades sean confortados en sus sufrimientos, sostenidos en sus dudas y confirmados en su fidelidad.

Misionera: Para que las Iglesias de América Latina, como fruto de la misión continental, envíen misioneros a otras Iglesias.

Diciembre

General: Para que los niños víctimas del abandono y de toda forma de violencia puedan encontrar el amor y la protección que necesitan.

Misionera: Para que los cristianos, iluminados por la luz del Verbo encarnado, preparen a la humanidad para el advenimiento del Salvador.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Encontré a Cristo en el Corán

Autor: Mario Joseph

Editorial: Libros Libres

230 páginas

Precio: 18,00 €

Fue internado a los ocho años para prepararse para ser imán. A los 18 se convirtió en uno de los imanes más jóvenes del mundo. Sin embargo, su fascinación por la figura de Jesucristo le empujó a visitar un centro de espiritualidad católica. Allí encontró las respuestas que tanto inquietaban su alma. Pero su conversión al catolicismo está penada con

la muerte. «No tengo otra opción que matarte», le dijo su padre. Pero Sulaiman (Mario Joseph) escapó y hoy es uno de los predicadores católicos más reputados de la India.



¿Quién es Cristo para ti?

Autor: Francisco

Editorial: Cobel

172 páginas

Precio: 8,95 €

Este volumen incluye las homilias del papa Francisco de su misa diaria en la casa de Santa Marta. Como dijo a los cardenales el pasado 15 de mayo: «¡Ánimo! Los ancianos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como Simeón, o la anciana Ana en el Templo. Y esta sabiduría les ha hecho reconocer a Cristo. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes: como el vino bueno, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida».

no, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida».



Bernadette no nos engañó

Autor: Vittorio Messori

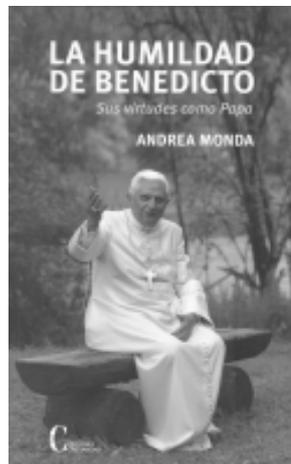
Editorial: Libros Libres

301 páginas

Precio: 20,00 €

Las apariciones de la Virgen a santa Bernadette Soubirous provocaron un extraordinario debate sobre los milagros y la presencia de Dios y lo sobrenatural en el mundo. Fue sometida a una exhaustiva investigación, llegando incluso a la persecución. Messori descubre los motivos de credibilidad que llevan a concluir que aquella joven decía la verdad. Desde entonces, Lourdes ha

sido testigo de cientos de conversiones y de 69 curaciones consideradas oficialmente como milagrosas.



La humildad de Benedicto.

Sus virtudes como papa

Andrea Monda

Ediciones Cristiandad

266 páginas

18.50 €

Martes, 19 de abril de 2005, plaza de San Pedro, ombligo del mundo. La fumata es blanca. Aquí comienza el camino de Joseph Ratzinger como Vicario de Cristo en la tierra. Aquí se inicia nuestro viaje al descubrimiento de Benedicto XVI, «simple y humilde trabajador de la Viña del Señor», como él mismo se definió aquel día. Humildad y humor son dos rasgos que caracterizan

en sumo grado al hombre Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, así como su obra.

El espíritu de la mundanidad nos lleva a la apostasía

El Pontífice comenzó su reflexión comentando la lectura tomada del primer libro de los Macabeos (1, 10-15; 41-43; 54-57; 62-64), «una de las páginas más tristes de la Biblia», comentó, donde se habla de «una buena parte del Pueblo de Dios que prefiere alejarse del Señor ante una propuesta de mundanidad». Se trata, indicó el Papa, de una actitud típica de la «mundanidad espiritual que Jesús no quería para nosotros. En tal medida que había orado al Padre a fin de que nos salvase del espíritu del mundo».

Esta mundanidad nace de una raíz perversa, «de hombres malvados capaces de una persuasión inteligente: “Vayamos y pactemos con las naciones vecinas. No podemos estar aislados” ni anclados en las viejas tradiciones. “Pactemos con las naciones vecinas, pues desde que nos hemos aislado de ellas nos han venido muchas desgracias”». Este modo de razonar, recordó el Papa, se consideró tan bueno que algunos «tomaron la iniciativa y acudieron al rey, a tratar con el rey, a negociar». Esos, añadió, «estaban entusiasmados, creían que con esto la nación, el pueblo de Israel se convertiría en un gran pueblo». Ciertamente, destacó el Pontífice, no se plantearon el problema de si sería más o menos justo asumir esta actitud progresista, entendida como un ir adelante a toda costa. Es más, decían: «No nos cerramos. Somos progresistas». Es un poco como sucede hoy, indicó el Obispo de Roma, con la afirmación de lo que definió como «el espíritu del progresismo adolescente» según el cual, ante cualquier opción, se piensa que sea justo en cualquier caso ir adelante más bien que permanecer fieles a las propias tradiciones. «Esta gente –prosiguió el Papa volviendo al relato bíblico– trató con el rey, negoció. Pero no negoció costumbres... negoció la fidelidad al Dios siempre fiel. Y esto se llama apostasía. Los profetas, en referencia a la fidelidad, la llaman adulterio, un pueblo adúltero. Jesús lo dice: “generación adúltera y malvada” que negocia una cosa esencial al propio ser, la fidelidad al Señor»...

Tras recordar las consecuencias para esa parte del pueblo de Israel que había aceptado este «pensamiento único» y se había dejado llevar por gestos sacrílegos, el papa Francisco destacó que actitudes similares se registran aún «porque el espíritu de la mundanidad también hoy nos lleva a este querer ser progresistas, al pensamiento único». Es más: como sucedía entonces, que cuando a alguien se le encontraba en posesión del libro de la Alianza se le condenaba a muerte, sucede así también hoy en diversas partes del mundo «como hemos leído en los periódicos en estos meses».

Negociar la propia fidelidad a Dios es como negociar la propia identidad. Al respecto el Pontífice recordó el libro *Señor del mundo*, de Robert Hugh Benson, hijo del arzobispo de Canterbury Edward White Benson, donde el autor habla del espíritu del mundo y «casi como si fuese una profecía, imagina lo que sucederá. Este hombre, se llamaba Benson, se convirtió luego al catolicismo e hizo mucho bien. Vio precisamente el espíritu de la mundanidad que nos lleva a la apostasía»...

Homilía del papa Francisco en Santa Marta, el 19 de noviembre de 2013 (resumen de *L'Osservatore Romano*)